

BOHEMIA

3366



REVISTA

DE

ARTE



MONTEVIDEO

1906

3366

LO INDISPENSABLE

CIGARROS H. DE CABAÑAS & CARBAJAL
La 1.ª marca de la Habana

CHAMPAGNE GOLD - LACK - Y - CABINET
De crédito mundial

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS:

SOTO HERMOSILLA & C.ª
LA GIRALDA

Av. 18 de Julio 7 y 9

Montevideo

CIGARRILLOS

MONTEVIDEO

Borro y Pisano

CANELONES, 169

Teléfono - La Uruguaya - número 1884

THE STANDARD LIFE

Gran Compañía Británica de Seguros sobre la Vida . . .

Fondos \$ 58.000,000 oro · Renta anual \$ 7.300,000

FUNDADA EN 1825 \$ Casa Matriz: EDIMBURGO \$ Gran Bretaña

SUCURSAL MONTEVIDEO · REPRESENTANTE GENERAL EN LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY

18 DE JULIO Y RÍO NEGRO

B. LORENZO HILL

Severino 1.º Emperador:

Yo, Emperador del Caté, por gracia de Dios y de mi habilidad, declaro:

“El mejor café que se toma en la República, es el del **Polo Bamba**”

FIRMADO: SEVERINO SAN ROMÁN.

INDICADOR PROFESIONAL

SEVERINO TRAVIESO.—Asuntos Judiciales.—Brandzen 39.

CARLOS T. GAMBA.—Prepara para ingreso, para los institutos normales, para la Academia Militar y para la Escuela Naval.—Patria 46.

MANUEL GRASES.—Pintor, decorador, Pinturas al óleo.—Medanos, 238.

PEDRO DUPRAT Médico.—Profesor de la Escuela de Enfermeros. Jefe de la Clínica de Niños de la Facultad de Medicina.—Rivera 197.

RODOLFO BROWN.—Escribano Público.—Ituzaingo 44.

HUGO FOSATTI.—Asuntos judiciales.—Rincón, 83.

ATIPIO NARANCO.—Médico - cirujano.—Convención 71.

ANTONIO SOMOZA.—Escribano Público.—Tacuarembó 198.

J. C. DEMARIA. Médico - cirujano.—Colonia 147.

A. MARROCHE. Médico - cirujano - Partero. — 18 de Julio, 762 n.

CONRADO C. CORNU.—Contador Público.—18 de Julio 929. Teléfono «La Uruguaya» 1.103.

EDUARDO ROUBAUD.—Abogado.—Rincón 86.

Publicación quincenal

Administrador: Raúl Dutrenit

Oficinas: Caiguá, 63

Los nuevos

He aquí que la juventud llega... ¿Verdad que la amáis? Trae, como siempre, los labios repletos de sonrisas y de besos, la mente llena de sueños generosos, el alma plena de amor y de esperanza... Tiene tantos defectos! Pero tiene tantas bellezas, tanto amor y tanto empeño...! ¿Verdad que la amáis? Si, vosotros la amáis... Vale tanto la juventud...

promesa sonriente... dulce esperanza... ¿No tiene ella derecho á pretender el primer puesto en el combate? Sí, vosotros la amáis... ¿Quién no siente el alma estremecida ante el cáliz que estalla en flor, ante el huevo pequeño y muy blanco que se abre para dar paso al ave trinadora de los campos? ¡Oh, las bellas sonrisas de la vida que surge! ¡Oh los que cantan, los que aman, los que perfuman!

Dejadlos que avancen!

¿Qué sería el pensil sin flores, el bosque sin gorgoros, la vida sin poetas? Todo eso es juventud! ¿Verdad, tierno Guyau?

A veces obra mal... pero es inconsciente... inconsciente como la Naturaleza, cruel y generosa, que la domina!

Enamorada de la Belleza, trovador errante de la Quimera, su laúd tiene

todas las notas, toda la gama de la armonía de la Vida!

Oh! Quijote!

La juventud es fuerte... La juventud es hermosa... Quasimodo lo sabe, él, tan deforme, tan ridiculo... pero tan bello!

¿Verdad que la amáis?

Ella sabe, también, lo que le ha dicho el viejo poeta francés: «Viva la juventud!... Pero á condición de que no dure toda la vida!»

Y he aquí que la juventud llega... y os va á hablar de todos sus mejores sueños, de todos sus nobles entusiasmos, de todas sus hermosas quimeras; sabe que va á derramar á manos llenas por el mundo, todas sus energías... Su obra, quizá, no pueda dar mucho... ¡qué importa!... Es tan valiente... tan generosa...!

«Para dar un paso, es necesario querer dar ciento».

Somos juventud. Tal es el programa.

Por el Arte, por la Vida. Tal es la divisa.

LA REDACCIÓN.

El bohemio

Los botanistas no lo conocen.

Los hombres de genio lo admiran.

El *Bohemio* nació gemelo de la Liber-

tad. Nunca tuvo, ni reconoció

Fué dueño absoluto de sí mismo

Se le llamó en la historia, *Bohemio*



52109

cuando nació en Grecia; Shackespeare en Inglaterra; Musset en Francia; Espronceda en España; Stechetti en Italia; Gorki en Rusia; Poe en Yanquilandia.

Fué altivo como el mejor de los caballeros, y jamás permitió que un mercader lo comprase: al contrario, despreció siempre al mercader y á su caja, y vivió libre; tan libre como Diógenes en su cuba, frente á la grandeza, despreciada, del grande Alejandro, ofertador de riquezas siempre insuficientes para comprar una voluntad.

No es bohemio quien *quiere serlo*, sino quien *puede*.

Un enorme é inmenso depósito de fortaleza psíquica; una inagotable fertilidad para producir, al lado de otra inagotable generosidad para regalar lo producido: una altivez rebelde y ciega, para desafiar, sin miedo, á esa cosa fantástica, pero terrible, que se llama *la Sociedad*: un desdén divino hacia la muerte, entendiendo que es mejor morir libérrimo que vivir esclavo: un eterno «que me importa» sobre los hombros con gesto de magnífico desprecio hacia todo y para todos, empezando por sí mismo; un admirable enamoramiento de las cinco maravillas del mundo: las estrellas, las flores, los pájaros, los versos y las mujeres; un *querer* formidable, á despecho de los desgraciados que no quieren ser *queridos*: un soñar sempiterno,

haciendo caricias, no á lo que es, sino á lo que debiera ser, para que alguna vez lo sea: un mundo nuevo en el espíritu pronto á brotar en la primera aurora: una espontánea predisposición al sacrificio sin más intento de placer que el placer de hacerlo...; Hé ahí el bohemio!; Oh santa ciudad del *Buen Acuerdo*!; Cuán poblada estarías si todos fuéramos bohemios!

El vulgo necio confunde las palabras y sin embargo admira, sin serenidad de juicio, al que impone, con la propia bohemia, su bondad valiente, su fuerza ingenua, su amor leal hacia todas las mujeres, su odio contenido hacia todos los castrados de la vida, su fuerza franca, que sin desafiar acepta el duelo y mata... el vulgo necio se junta en montones para increparlo, pero uno á uno, se arrodilla cuando lo ve pasar viviente y, despues de muerto, le erige estatuas.

¡Hermanos! Si es cierto que los dioses pasan de vez en cuando por el mundo, repartiendo dones, desdeñosos y altivos, perdonando y amando... creed que esos dioses tienen á orgullo disfrazarse de *bohemios*, porque ese es el único modo de vivir entre los hombres, sin que les contagien sus enfermedades del alma: la cobardía, el engaño, el dolor y la hipocresía. ¡Lacras del espíritu, que no afectan al bohemio!

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

Nublos

Yo bien sé lo que piensa el mendigo,
Cuando hambriento y desnudo solloza;
Yo bien sé lo que piensa la viuda
Sin pan y sin techo, con hijos que lloran!

Yo bien sé lo que piensa quien gime
Aherrojado en oscura mazmorra;
lo que piensa quien surca los mares
airados y negros, sin fondo y sin costas!

Yo bien sé lo que piensa el proscrito
en las lentas y lúgubres horas,

en que anublan su frente recuerdos
que engendran en la alma tristezas muy
|ondas!

Yo bien sé lo que piensa el enfermo
que trémulo el labio, la voz que umbrosa
pide luz, al sentir el espíritu
invadido por tétrica sombra!

Yo bien sé lo que piensa quien lleva
en las sienes punzante coraja,
quien la cuesta del triste calvario
asciende entre azotes, injurias y mofa!

Yo bien sé lo que piensa quien sufre ; Insensatos, que en luchas sangrientas
horrendos martirios, mortales congojas... sobre el suelo sus armas arrojan,
; que su dios bajará del Olimpo y vacilan y tiemblan y caen
á bañarlos con luces de gloria!... y al dios esperando, blasfeman ó lloran!

ANTONIO P. MASCARÓ.

El dintel de la vida

; Oh la bréga, que jacta de viruta y de pieles!...
Las espesas comadres zumban livianas prosas
Y en proverbiales éxodos, promiscuan las jocosas
Diligencias, su carga, bajo los cascabeles...

; Ah! dicha analfabeta sin resabios ni hieles!
El rudó pan del Cielo sabe á tomillo y rosas
Ah! bañarse en la atónita desnudez de las cosas
Y morir en los brazos de la buena Cibebes!

; Oh mañana inefable de la Vida! ; Oh la franca
Risa como de leche de la conciencia blanca!
Ante el alba inocente — no bien la noche fuga, —

Se abre entre la yerba viciosa de sus calles,
La dulce aldea: blanca violeta de los valles,
Siempre dichosa y siempre buena porque madruga.

La misa cándida

Jardín de rosa angélico, la tierra guipuzcoana!
Edén que un Fra Doménico, soñara en acuarelas...
Los hombres tienen rostros vírgenes de manzana
Y son las frescas mozas óleos de antiguas telas.

Fingen en la apretura de la calleja aldeana,
Secretarse las éasas con chismosas cautelas
Y estimula el buen ocio un trín trín de campana,
Un pum-pum de tímboles y un frón-frón de vihuelas...

; Oh campo siempre niño! ; Oh patria de alma proba!
Como una virgen, — mística de tramonto, — se arroba...
Aves mar, bosques; todo ruje, solloza y trina.

Las bienaventuranzas sin Código y sin Reyes
Y en medio á ese sonámbulo eco de Pallestrina,
Oíga la apostólica magestad de los bueyes!

JULIO HERRERA Y REISSIG.



Excelsior

Incrustad en la memoria
del combatiente novicio,
que, en la lucha contra el vicio,
más alta que la victoria,
se alza la cruz expiatoria
á que asciende el sacrificio.

Que al adalid siempre plugo
ver la luz sobre el misterio;
la razón sobre el imperio;
la justicia sobre el yugo;
al mártir sobre el verdugo
y á Jesús sobre Tiberio.

Daniel Martínez Vigil.

La Estirpe

Comedia dramática en tres actos

ESCENA III DEL PRIMER ACTO

Dichos, Antonia, Haydée y Manolito.
(*Salen los tres del pabellón de la derecha y lentamente se dirigen al fondo. Los diálogos siguientes deben imprescindiblemente ser dichos al mismo tiempo.*)

Haydée — Pero no le hagan caso, son mentiras de él...

Manolito — Repito que leí el telegrama en un diario y afirmo que el caso puede ser perfectamente verídico.

Haydée — Imposible; sería una cosa horrible.

Antonia — Vaya unos cuentos más raros y tan poco entretenidos los suyos.

Manolito — ¿Cuentos? Pregúntele al doctor si son cuentos...

Haydée — Eso es (*Interrumpiendo á Morales*) Doctor... Doctor Morales, (*vienen todos á primer término*).

Dr. Morales — Sin embargo, y conste que no soy revolucionario por temperamento, las revoluciones se parecen al sarampión: mejor es que broten y no que se resuman. Causarán mayores daños al cuerpo social los elementos de rebelión diseminados y aislados en él, que las violencias de esos mismos elementos puestos brutalmente de manifiesto en una revuelta.

Don José — No, no me convence usted... las revoluciones las provocan y las fomentan los que no son capaces de ganarse el pan honestamente; con esas barbaridades no se prueba ni se consigue nada...

Morales — No es eso lo que yo digo...

Morales — (*Volviéndose á Haydée*) Diga usted...

Haydée — ¿A que no sabe usted lo que Manolito nos estaba contando?

Morales — (*Sonriente*) A buen seguro que no...

Antonia — Este Manolito es de una extraordinaria inventiva... Figúrese usted que nos decía que en no sé cuál país de Europa se había encontrado á un hombre que aullaba como los lobos...

Manolito — No, no, así no he contado el caso (*al doctor*). Les decía, doctor, que había leído un telegrama donde se refería que unos campesinos rusos habían encontrado en un bosque á un hombre en un estado completamente salvaje y que al ser apresado aullaba y hasta trataba de morder...

Antonia — ¿Verdad que no es posible eso, doctor?

Dr. Morales — No, al contrario, no sólo puede ser posible sino que el caso no es absolutamente extraordinario... Y la explicación del fenómeno es sencilla: se trata de niños abandonados en los bosques á una edad en que ya les es posible evitar los peligros y que, familiarizados con los animales, ya sean lobos, osos ó monos, se adaptan á la vida salvaje, pierden toda facultad de pensamiento y al cabo de los años no les queda de humano más que la forma corporal...

Haydée — ¿Y cómo viven?

Dr. Morales — Como los animales en cuya compañía se desarrollan...

Antonia — ¿Y comen lo que ellos?

Dr. Morales — Naturalmente...

Haydée — Qué horror!...

Manolito — ¿Lo ven ustedes como era cierto?

Dr. Morales — (*sonriente*) Y esto prueba que el hombre no se diferencia gran cosa de las bestias y que con un poco de buena voluntad puede fácilmente convertirse en mono.

Haydée — ¿Y en lobos también?

Dr. Morales — También. Aun cuando muchas veces al cabo del día nos encontramos con hombres que sin aullar y

sin vivir en los bosques, sino en palacios, tienen instintos de lobos.

Don José — Esos son más peligrosos.

Morales — Sin duda.

Antonia — Bueno ¿ vamos ?

Haydée — Sí, vamos...

Don José — ¿ Dónde van ?

Antonia — A la *terrasse*...

Don José — ¿ Y qué hay que ver allí ?

Antonia — Pero, papá si es noche de moda...

Don José — Ah ya...

Haydée — ¿ Y ustedes no vienen ?

Don José — Después: es temprano todavía.

Antonia — Hasta luego, entonces...

Manolito — Hasta luego...

Haydée — Hasta luego...

Don José — Y mucho juicio...

Dr. Morales — Cuidado con los hombres lobos que visten á la *dernier* y llevan las uñas ocultas en los guantes blancos...

Haydée — Ja, ja, ja.

Antonia — Vamos prevenidas, doctor. — (*Salen los tres foro*).

ENRIQUE CROSA.

¡ Entra . . . !

Entra, rayo de luna, bien venido;
hace ya muchas noches que me faltas;
dejé abierto el balcón, y sólo entraron
las sombras á mi estancia.

Oh ingrato compañero! Eres el mismo;
la transparente ráfaga,

la hermosa cinta de fulgor, que tiene
el amarillo diáfano del ámbar.

Entra, ya no está aquí, ya no has de verla;
ya no sorprendes nada;

ya no eres importuno aun cuando arrojes
sobre el lecho nupcial tu luz de nácar.
Derrámate en la alfombra cual si fueras
una lluvia de escarcha;

préndete en el obscuro cortinaje
y finge un chal de plata.

Ves? Todo está polvoroso y descuidado;
esta tristeza espanta...

Se columpia en la clave ennegrecida,
sin pájaros la jaula.

Ves?... Sobre el tosco barandal enreda
sus marchitos estambres la campánula,

y está el rosal sin flor, ajado el lirio
y seca la albahaca...

Celestial indiscreto!... Yo te amo;
ella también te amaba;

¡quebraste tantas veces tus reflejos
sobre su frente pensativa y casta!

Entra, ya no está aquí la niña rubia,
la soñadora blanca

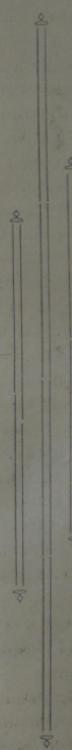
que viendo tus cambiantes me decía:

¡Es la risa de Dios en nuestra casa!

¡Oh ingrato compañero! Ya no estamos
más que tú y yo en la estancia;

pero si quieres verla, bien venido,
celestial indiscreto, entra á mi alma!

LUIS G. URBINA.



Mi criterio en Arte

Triste ironía, triste cosa oficiar de magister; exponer *mi criterio en Arte*. ¿Qué os importará á vosotros todos, lectores más ó menos curiosos, más ó menos inteligentes, lo que pueda pensar del Arte, yo, pobre de mí! que ni sé lo que pienso, ni si tengo criterio?

¿Seréis tan exigentes que me preguntaréis cómo me llamo? Bah!... Me llamo como mejor os plazca... Antonio, Juan, Ruperto... cualquier cosa. Podéis creer también que soy Hugo ó Castelar, Bismarck ó Fulton, Lista ó Moratorio, Alfredo Torre ó Scaffarelli, Genovesse ó Lasso de la Vega, oculto modestamente tras la risueña careta de un seudónimo.

Pues... no, señor; no soy ninguno de esos... mozos; ni aún siquiera soy el poeta *Arrarte!* (Que es el colmo).

A duras penas soy un *Juan de los Palotes*, á quien le ha cabido la triste suerte de habérsele encargado de esta sección, que escribirá, (*con perdón sea dicho de la mala palabra*), en cada número de BOHEMIA que se publique. (*Dios quiera y la Virgen que sean unos cuantos*).

Por lo menos, querrán ustedes que les diga cual es mi criterio en Arte, puesto que este es el título de estas líneas. Muy bien! Creo que es un deseo legítimo... Pero, existe un pequeño inconveniente para ello, que ustedes, pacientes lectores, sabrán comprender, puesto que es bien terminante: yo no tengo ni criterio, ni talento, ni cosa que se parezca á tales avechuehos.

Si no tengo talento ni criterio, ¿quién me obliga á meterme en estas cosas? Oh! lector que gustáis de ver las cosas bellas de la vida!... Ved también las deformes, las prosaicas, las rastreramente humanas... Escribo... porque me pagan! Es decir; porque me pagan, precisamente no; porque me han prometido pagar... Si tal cosa no llega á suceder, — y Dios no lo consienta, como

dice mi abuelita, — tengo, por lo menos, un almuerzo en perspectiva. Y algo me voy ahorrando con ello... Me ahorro un interminable día de apetito!

En este número, nada puedo decirles de lo que pienso en Arte. (¿Si se tratara de decirles lo que *pienso* en el restaurant!) Nuestro mercado artístico no hace negocio, está paralizado. ¿Si fuera como el Mercado del Puerto ó el Central!

En esta primera quincena de Agosto... nada! La exposición Serra, de la que todo el mundo tiene ya su juicio formado; la del Club Católico, á la que no he podido asistir porque es á puerta cerrada, y para mí, bohemio al fin, no existe ningún *Sésamo*; el *debut* en el Politeama de la compañía Esteves-Arellano... De eso sí, les podré hablar, porque tengo entrada de *portugués*.

El abnegado Arellano reanuda las representaciones del zarandeado y fracasado concurso de autores nacionales. Y conste que lo de fracasado no lo digo por Arellano, que hace meritorios esfuerzos para salir airoso de su empresa, ni por el público que, como tiene entrada barata, acude al teatro, sino por la cantidad de autores, nonatos unos y mal paridos los otros, que han ayudado á desprestigiar el mal llamado *Teatro Nacional*.

Las obras á estrenarse en esta temporada, y de las que he de ocuparme en el número próximo, son á penas la postrer y vaga esperanza de que el fracaso no sea del todo lamentable. Pero... esperanza al fin!

Según mis informes, las obras á estrenarse, son: *El Paraíso*, *Del Dolor*, *Lazos indisolubles*, *El cisne de Lohengrín*, *El pobre hombre*, *La vieja mujer* y *La señorita Adela*.

« Al freir será el reir ».

JUAN DE LOS PALOTES.

“La Trilogía de la Muerte”

(Maeterlinck)

«LA INTRUSA»

Silencio!... El viejo abuelo es ciego y ha sentido
Unos pasos extraños allá en el corredor;
Él no ha visto y pregunta, pregunta confundido,
Cómo sigue la enferma. Todo calla en redor.

Las niñas... ¡pobrecitas!... el rostro compungido,
Observan de la lámpara que se amengua el fulgor.
Por la abierta ventana mira ansioso el marido...
Y allá adentro, la madre, soporta su dolor.

— Alguien viene, murmura quedamente el abuelo;
Y penetra en la estancia una sombra confusa,
Que camina y que hace estremecer el suelo.

Pero al fin, todo pasa. Silencio... Luego un grito...
Y el abuelo, que es ciego, con dolor infinito
Sabe que hasta la enferma ha llegado «La Intrusa».

«LOS CIEGOS»

Los pobres tienen frío, mucho frío, mucho frío...
Hace rato que esperan! El buen Cura se fué...
Y se escucha que aumenta el murmullo del río;
Nadie sabe si avanza, porque nadie lo ve.

— Qué desgracia la nuestra. — No hay dolor como el mío!
— Si pudiera ponerme, sin peligro, de pie?
— ¿Nadie oye? — Es la loca! — Señor, en tí confío!
— Talvez sea el buen Padre que de regreso esté!

— Es un hombre? — Es un perro que me lame las manos.
Me levanta... me lleva... — Oh! cielos soberanos!
— ¿Con quién he tropezado? Qué terrible emoción!

— Con nadie! — Mas... ¿qué palpo? Es un muerto... es el Cura;
Está rígido, yerto; y está en noble postura...
Tiene las manos juntas... Su postrer oración!

«INTERIOR»

— Hemos entrado y nadie nuestros pasos ha oído;
La ventana está abierta, todos velando están,
Los padres y las niñas... El niño se ha dormido...
Qué tranquilos! Y pronto todo á saberlo van!

La otra niña, temprano, temprano había salido...
Y se ha lanzado al río!... ¿Por qué sucumbirán
Esas almas extrañas? Aún nadie ha conocido
Lo que piensan, las pobres! ¿Acaso soñarán?...

Y entraron á la sala. Demudado el semblante,
Miran todos, inquietos, al raro visitante
Que tiembla y que vacila. Pero de pronto, en un
Sacudimiento extraño, la verdad estremece.
La multitud, doliente, con la muerta aparece...
La estancia queda sola... El niño duerme aún!...

OROSMÁN MORATORIO.

La Trilogía del Ensueño

Para mi hermano Ramón.

Á DON QUIJOTE

¡Oh, Caballero de la Triste Figura!
 ¡Apóstol sublime de la gentileza!
 Alma generosa llena de ternura
 Y ánimo esforzado, todo fortaleza.

¡En tí yo me inspiro, noble creatura!
 ¡Yo soy un Quijote de pies á cabeza!
 Yo admiro y bendigo tu sin par locura
 Que es el heroísmo de tener nobleza.

Soy un caballero andante de la Idea,
 Y desfago entuertos, y amo á Dulcinea
 Y de la locura los dinteles toco.

¡Que cordura llaman al vil egoísmo,
 Y yo, que en mi alma siento tu altruísmo
 No puedo ser cuerdo, prefiero ser loco!

Á DULCINEA

Fermosa doncella, dueña y soberana
 Del alma del triste caballero andante;
 ¡Envidia te tienen Urganda y Oriana
 Pues tu fermosura se impone triunfante!

Te forjó el Ensueño, la super humana
 Encarnación de todo lo bello y amante;
 ¡Quien diga que eres una ficción vana,
 Es sólo un bellaco, follón y farsante!

En contra la odiosa verdad despiadada
 Está tu Quijote con lanza y espada
 Dispuesto á batirse por tu fermosura.

Tu reino es el reino del país del sueño...
 ¡Ideal sublime, hija del Ensueño:
 ¿Qué vale á tu lado toda la cordura?

Á SANCHO

Escudero insigne del gran Caballero
 De ánimo noble, fuerte y temeraria;
 ¡Ingenuo persigues el sueño embustero
 De tener la insula de la Barataria!

Siendo el prosaísmo, ¡iluso escudero!
 Signes la aventura, loca, estrafalaria,
 Soñando con reinos, honores, dinero...
 ¡Se te ha contagiado la fe visionaria!

¡Pero en tí no es bella! Eres la Cordura
 Que sumisa marcha tras de la Locura,
 Sin que nada noble dentro de tí brote.

A tí, ¡oh, pedazo de carne sin alma!
 Te hace el egoísmo soñar con la palma
 Conque noblemente sueña Don Quijote!

JULIO ALBERTO LISTA.

La muerte del artista



Le conocí y le quise. Era un carácter. Envuelto en su andrajoso vestido, que sólo por ironía podía llevar el nombre de tal, andaba por el mundo, sin preocuparse de lo que el mundo pudiera decir de él viéndolo sucio, desastrado, y en ruda oposición con todo lo que fuera normalidad, sumisión y adaptación. Decían que estaba loco. ¡Loco! ¿Quién sabe lo que es eso? ¿Son ellos? ¿Somos nosotros?

Era un perfecto y cumplido bohemio. ¿Su nombre? Como el de cualquiera: Fernández, Gómez, López; es lo mismo. Dentro llevaba un artista. Un artista de espíritu amplio, de grandes aspiraciones. No concebía obras pequeñas; sus cuadros — de los que nunca pudo hacer más que bocetos — eran siempre de muchos metros de lienzo, y sus asuntos, hondos, llenos de filosofía, generalmente amarga.

Si alguna vez le hablaban de hacer cosas que pudieran mejorar su suerte, contestaba con arrogancia: « Prefiero gloria sin pan, que bienestar sin laureles ». Luchó por salir de la obscuridad, por romper el anónimo; pero sus esfuerzos se estrellaron contra esa ruda y fría resistencia que encuentran siempre en su camino los que lo emprenden animosos,

fiados en sus propias fuerzas y sin contar con la ayuda de nadie.

Así era y así vivía.

Dejé de verlo, hasta que un día, pasado bastante tiempo, halléme con él y mi asombro no tuvo límites. Encontré al pintor afeitado, limpio, peinado con pulcritud y luciendo un traje flamante. Parecía un *dandy*.

Un oso con monóculo y sombrero de copa me habría hecho reír menos.

Me invitó á almorzar y acepté lleno de estupefacción creyendo que todo aquello no pasaría de ser una broma.

De sobremesa, no pudiendo resistir más tiempo mi curiosidad, decidí interrogarle.

No me choea tu admiración por mi cambio — me respondió con sonrisa tanto amarga — yo también me admiro; pero las circunstancias mandan, y á mí me han llevado hasta el crimen.

Para conseguir esta transformación he tenido necesidad de cometer un asesinato. He matado mi otro yo.

El artista ha muerto; ya sólo vive el pintor. Llegó un momento en que el hambre y los acreedores me perseguían como una bestia feroz, ensordeciéndome con sus aullidos y dispuestos á desgarrar mis carnes con uñas y dientes si no les daba algo con que saciar su apetito. Yo no podía soportarlos.

Luché como luchan los valientes, pero el combate era desigual.

Yo solo: la sociedad entera contra mí. Mis armas, una paleta, unos pinceles y un mundo de ilusiones en el cerebro. ¡Yá ves, hasta me hacía la ilusión de tener talento! Ellos, todo un enjambre de alguaciles, jueces, alcaldes y escribanos dispuestos á caer sobre el infeliz que comete el imperdonable delito de no tener dinero.

Sus ladridos me despertaron; sus voces me hicieron dirigir los ojos hacia la tierra. Comprendí que tenían razón y decidí descender de las nubes. Miré para abajo, escupí y bajé. Ya soy un simple mortal. Ya no sueño. Sé soportar á los imbéciles, transijo con los amos; dentro de poco ya sabré adular.

Empieza á sonreirme la fortuna.

Cómo todos los días, no paso frío, tengo ropa y siempre dispongo de unos pesos.

¿Cómo? Con el producto de mi trabajo honrado.

Pinto tablitas, que adornan los cuartos de niñas cursis, que miran más al marco que al asunto, dibujo abanicos antiguos que lucen en los teatros viejas ridículas y hago retratos de personajes ilustres que quieren legar á sus descendientes los colorines chillones de uniformes que no significan otra cosa sino que sus dueños supieron tener dinero.

Ahora, que no soy más que una máquina inconsciente, tengo consideraciones, comodidades y amigos; cuando era algo, cuando sentía en mí la llama del genio y pretendía dar á mi patria un nombre ilustre, carecía de todo, me negaban las gentes el saludo, y no comía. Es necesari-

o desengañarse; no hay talento posible si no está dentro de un gabán de pieles.

Para mí, terminó la lucha, esa brutal contienda á que se lanzan los inexpertos: ya soy un hombre equilibrado que se adapta al medio en que vive y explota la candidez de sus conciudadanos.

¿El Arte! ¿Para qué sirve eso? ¿Qué es? ¿Cuál es su finalidad? Wágner, un loco; Cervantes un insensato; Boticelli, un necio. El primero no debió pasar de tocar un organillo; el segundo, hacer romances de ciego; Boticelli, lo que yo, y Benvenuto hubiera estado muy bien fabricando muñecos para rinconera.

Después de cuanto te he dicho, ya no te asombrará verme en el estado floreciente en que me hallo.

Me ha costado hacer un esfuerzo de voluntad, pero ahora ya estoy seguro del porvenir, conozco á mis contemporáneos y sé que Guerra Junqueiro tiene razón cuando dice:

«á vida é uma farsada»

Convencido de esta verdad y de que la humanidad es un conjunto de idiotas y de locos, he procurado colocarme en el término medio y soy casi feliz.

Tenia derecho á la vida, y vivo!

MANUEL DE CASTRO.

Ofrenda...

Es, Señora, que os amo....
Perdonad la efusión de mi reclamo
Que ha inspirado esta súplica amorosa,
Ya que sois todo-misericordiosa....

No sé si os es querido
Mi salmo de oblaición, mas, conmovido
Por vos sabéis que espléndida mentira,
Vengo á poner á vuestros pies mi lira....!

Yo no sé si es que sueño
O que ya de mi Sueño no soy dueño...
Pues siempre está de hinojos mi grandeza
Si de adorar se trata á la Belleza.

Pasasteis á mi lado
Cual la visión de un bienaventurado;
Me hablasteis luego y mi pasión, Señora,
Que antes os admiraba, hoy os adora!



Sus fervores comparte
 Mi loca Musa, entre la fe del Arte
 Y la esperanza en la suprema Vida
 Al destino del Mundo, prometida...

Pero, por sobre todo,
 Es el Amor que de solemne modo
 En mis delirios como un dios impera,
 Y es así que mi fe, cantando espera!

¡Señora, amad un poco,
 Tan sólo un poco á este Poeta loco
 Que á vuestros pies, desesperado muere...
 ¡Usad ternuras ya que tanto os quiere!

Todo de unción, ufano
 Mi cariño ha de ser; ¡dadme la mano
 Que por los cielos de la Fantasía
 Irá con vos, Señora, el alma mía!

¿Me perdonáis ahora
 Mi confesión? ¿Verdad que sí, Señora?
 ¡Sois mujer y es virtud que las mujeres,
 Entiendan en locuras de querer...!

Os amo pues y admiro
 Y es por eso que en vos mi canto inspiro,
 Magüer de vuestra gloria, indigno sea,
 Mas, si es pobre la forma, alta es la Idea!

Vos que sois buena... buena,
 ¡Dadme un poco de Sol para mi pena
 Que á fuer de amante se llenó de audacia,
 ¡Vos, cual la Virgen sois, plena de gracia!

Voy á concluir amiga...
 ¿Me concedéis que de esta suerte os diga?
 ¡Decídmeme ya que mi pasión no inquieta
 Vuestra mente, y dejádmeme ser Poeta!

Dejadme sí que viva
 Soñando que me amáis, que fugitiva
 A nuestros Cielos mi ternura viaje,
 A llevaros su lírico mensaje!

Mi culto está bendito
 Por el supremo Amor, mas, necesito
 Para las misas que mi anhelo invoca
 Que el cáliz me prestéis de vuestra boca!

Ahogad torpes resabios
 De pudor, en el brindis de los labios,
 En el choque de bocas que convida.
 A los magnos festines de la Vida!

En quejumbrosos píos
 Calor imploran los ensueños míos
 Que tan lejos de vos se agitan presos...
 ¡Dadme besos, Señora, dadme besos!

ANGEL FALCO.



Romántica

Sal mi dulce castellana
 que ya asoma la mañana
 por el rosado balcón,
 haz que feliz pueda verte
 y haz que del sueño despierte
 para mí, tu corazón.

Sé que te tienen guardada
 como una joya preciada
 en un castillo ojival,
 mas si es cierto lo que juras
 no temo las amarguras
 ni las espinas del mal.

Sal mi dulce castellana
 que ya asoma la mañana
 con destellos de rubí;
 tenme piedad, ¡oh señora!
 porque no existe otra aurora
 que tus ojos, para mí!

ALBERTO LASPLACES. ¶

Las dos ofrendas

¿Qué quieres de mi amor? «¡Tengo riquezas
Que con sólo quererme, adquirirás;
Tengo sedas, brillantes y turquesas
Que, como la más Real de las Altezas
Reclinada en tu coche, lucirás!»

Esto dijo á su paso el opulento;
Al oírle, la bella se volvió,
Escuchó sus propuestas, sonrió,
E indiscreto á mi oído trajo el viento
El rumor de unos besos que él le dió.

¿Qué quieres de mi amor? «¡Gloria he de darte;
Juventud, ilusión, ensueños, vida;
Yo cantaré, mujer, para endiosarte,
Yo sabré bendecirte y adorarte,
Tú serás mi Beatriz, mujer querida!»

Así dijo á su oído el tierno amante;
Al escucharle, la mujer sonrió,
Volvió la espalda, se alejó triunfante...
¡Y en mitad de la noche, retumbante,
La tragedia, un disparo nos contó!

ERNESTO HERRERA.

En tu Parque

A Julio Herrera y Reissig.

Al cruzar por tu Parque ví sobre los añicos
de mármoles caídos, mis ensueños de ayer;
plegaban tus alondras sus regios abanicos,
y en tanto, te abismaba el triste Baudelaire.

Crucé... sin escucharte tan sólo, una palabra;
agonizaron todas las frases en tu boca;
la Noche, — la sombra, — sonriéndose macabra,
me dijo con las fuentes y plantas: «loca... loca...»

Las flores me ofrendaron con sus perfumes, mimos,
mas yo buscaba, sólo, formar grandes racimos
con los abandonados ensueños de mi ayer;
y te encontré dormido, con los brazos abiertos
como guardando todos mis ideales muertos...
y despertaba en tu alma el triste Baudelaire!

ESTHER R. PARODI URIARTE.

El mensajero rayo de sol

Un rayo de sol, mensajero mío, llegó á tu ventana, ansioso de penetrar en tu aposento.

Y se detuvo, temblando, ante tu persiana, que le vedaba la entrada, graciosamente, con sus flores y pájaros, que allí pintados, con vivos colores las unas y en actitud vigilante los otros, parecían celosos y consentidos guardianes tuyos.

El rayo de sol, galante y adulator, acarició á las flores y á los pájaros, quienes por eso se creyeron flores y pájaros de veras.

Un soplo de brisa, que yo envié en auxilio de mi áureo mensajero, movió la persiana; y se coló el rayo de sol en tu aposento...

Tú no sentiste su llegada.

Estabas pensativa, entrecerrados los párpados, como sumida en un ensueño de amor...

Travesó el rayo de sol en tu aposento.

Doró con su luz tus muebles y tus libros; chispeó en tus espejos; calentó tu lecho; se perfumó en tus ropas; y por fin, atrevióse... y besó suave, dulcemente, tus labios...

Al sentir la caricia enamorada y tibia, te estremeciste y suspiraste. Como una flor abre sus pétalos, así se abrieron tus labios.

El rayo de sol entró, entonces, á tu alma. Y allí en vano flameó en busca del recuerdo de mi amor.

Un soplo de olvido lo echó fuera violentamente; y pálido y triste el rayo de sol tornó hacia mí, trayéndome un mensaje de dolor y desolación.

¡Le he dado albergue en mi alma y aquí vivirá luminoso, porque es el destello de mi amor, que no se apaga!

R. MAYORGA RIVAS.



“Apóstrofe”

¡Galeoto de la opulencia; Verdugo de la honra; intermediario imprescindible; tercero inevitable; necesidad injusta de la vida y más aun de la muerte; satánica invención; monstruosa idea! A tu antojo amóldanse los caracteres, las voluntades, las conciencias y las almas; te abitas de vanidad y de orgullo; dominas, descuellas, irradias, ofuscas, deslumbras y enloqueces! A tu influencia la usura se conmueve; el agio se regodea, la avaricia ríe y la imbecilidad triunfa!

A tu esplendor se expenden los egoísmos; se avivan las pasiones y las virtudes ceden! ¡Conviertes á la Justicia en Arlequín; al poderoso en esbirro; al libre en esclavo; al noble en Tartufo! ¡Tu sed nunca es saciada; tu hambre nunca es cumplida; tu ostentación nunca satisfecha! ¡Error sin enmienda; crimen sin castigo; oprobio sin estigma! ¡Impunidad de insulto y burla, de escarnio y befa! ¡Mordaza de calumniadores; rémora de ambiciosos; fiebre de vicios;

cáncer de lujurias! ; Túnica inviolable de inmundicias y lepra! ; Plétora de goeces! ; Insultante broqué de la burguesía! ; Verbo y razón de idiotas! ; Redentor de réprobos; creador de reyes; fundador de tronos!... ; Germen fecundo de guerra y muerte! ; Demencia univer-

sal! ; Irrisión de Cristo; profanación de altares! ; Inri del dolor y la desgracia!... ; Vampiro del trabajo!... ; Arbitro omnipotente del mundo!... ; Frio y duro metal! ; Oro, en fin!... ; ; Asco y desprecio!!

RICARDO PASSANO.

¡ Siempre!

Voy hacia ti, mujer, porque te amo;
voy hacia ti, querub, porque te admiro;
; si eres el ser que en mi pasión reclamo
y el paraíso donde yo me inspiro!

Voy hacia ti cuando el placer sonríe;
voy hacia ti cuando el dolor me hiere;

porque el placer siempre á tu lado ríe,
porque el dolor siempre á tu lado muere.

Y es imposible que olvidarte pueda,
ni alejarme de ti sólo un momento;
; si no estoy á tu lado, en cambio queda
compañero á tu fe, mi pensamiento!

ALBERTO R. MACCÍO.

Notas

«Bohemia» ofrece sinceramente sus columnas á todos los que quieran cultivar su intelecto en las letras. Este ofrecimiento es ilimitado. Todo lo que se juzgue digno de publicarse, se publicará sin tenerse en cuenta las ideas, la escuela y el nombre del autor.

Siendo una revista puramente de arte, no discute ideas ni doctrinas. Sabe que el arte tiene facies múltiples, tantas como variedad de temperamentos existan. Por eso, excluye el criterio individual de sus redactores en las composiciones que publique.

Todo trabajo firmado con seudónimo, deberá ser entregado personalmente por su autor á esta Redacción.

Se excluye de este requisito, á los trabajos firmados con un seudónimo notoriamente conocido.

La Redacción sólo se hace solidaria de las ideas vertidas en los artículos que no lleven firma al pie, pues son los únicos que le pertenecen.

El precio de suscripción á esta revista, será de \$ 0.20 mensuales.

La correspondencia literaria debe de ir dirigida al director, á las oficinas, Caiguá 63.

Dificultades inherentes á toda publicación que se inicia, han hecho que el primer número de BOHEMIA no sea por completo, en la parte gráfica y literaria, el tipo de revista ideado por su redacción.



Montevideo, Setiembre de 1938

BOHEMIA

Revista de Arte



Director: Julio Alberto Lista;
Redactores: Grosmán Morator-
rio, Leoncio Lasso de la
Vega, Alberto Lasplaces,
Antonio P. Mascaró, Angel
Falco, Ernesto Herrera,
Alberto R Macció, Enrique
Crosa, Carlos T. Gamba.

LO INDISPENSABLE

CIGARROS H. DE CABAÑAS & CARBAJAL
La Tabacalera de la Habana

CHAMPAGNE GOLD, LACK-Y-CABINET
De crédito mundial

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS:
SOTO HERMOSILLA & C.^a

LA GIRALDA

Av. 18 de Julio 7 y 9

Montevideo

Ambrosio Giz Gomez

Gran Bazar, Juguetería y Mercería

IMPORTACIÓN DIRECTA

Ventas por mayor y menor
. Especialidad en artículos españoles

AVENIDA 18 DE JULIO
Eso. Av. DE LA PAZ MONTEVIDEO

CIGARRILLOS-

MONTEVIDEO

El Borro y Pisano

CANELONES, 169

Teléfono - La Uruguayua - número 1857

Habanillos "La Americana"

Exquisitos

JUAN B. SACARELO

Convención núm. 50

Montevideo

"ACQUA VERA"

La mejor de las aguas

Minerales

SUCURSAL DE

RAMÓN LISTA

A CARGO DE RODOLFO BONINO

Confeciones y artículos
para Señoras y Niños -

18 de Julio, 622
Montevideo

INDICADOR PROFESIONAL

CIFERINO TRAVELO - Amicus - Estudios de Historia -

CARLOS T. GAMBA - Escuela para el estudio de los institutos normales, para la Academia Militar y para la Escuela Naval - Dadas 46

PEDRO SILVA Y ARMAS - Lecciones de Francia y Comercio: Práctica para el comercio - Mercaderes 142

MANUEL BRASES - Puntos, Grandezas - Práctica al óleo - Medallas 88

FREDO DUPRAT - Médico - Profesor de la Escuela de Anatomía, Jefe de la Clínica de Niños de la Facultad de Medicina - Ilustró 175

RODOLFO BROWN - Escritura - Práctico - Ilustró 224

ANTONIO VALLARINO - Médico - Cirujano - Ilustró 194

ANTONIO SUAREZ - Escritura - Práctico - Ilustró 194

ANTONIO J. MONTAÑO - Escritura - Práctico - Ilustró 194

J. C. FERRAZ - Médico - Cirujano - Ilustró 194

A. HERRERA - Médico - Cirujano - Ilustró 194

ANTONIO P. MANGADO - Contabilidad - Computación de Puntos - Ilustró 194

COLOMBIO C. GONZALEZ - Contabilidad - Práctico - Ilustró 194

JOSE W. FERRAZ - Médico - Cirujano - Ilustró 194

DOCTOR BARRERA - Abogado - Ilustró 194

Enrique Ferri

Mensajero de paz y de progreso de la madre Europa, viene hacia nosotros, predicando su verbo de «fratellanza» y amor, como capítulos de un Nuevo Evangelio de justicia y de verdad.

¡Bienvenido!

Estas indias tierras de América no serán estériles; el polen de luz de su saber, fructificará aquí, suelo propicio á la semilla de los ideales generosos, acariciado por el sol de nuestra democracia.

La América joven, virgen que necesita la simiente de la Idea, es pródiga y fecunda.

Aquí encontrará el sabio y el artista, corazones que palpiten de entusiasmo, arrebataados por los giros luminosos de voz profética, y cerebros que harán germinar al calor de la fé en el Ideal, la semilla que siembre su verbo de apóstol del Porvenir.

Viene á tierra de hermanos.

Somos libres, y le comprendemos y le amamos.

Le amamos, porque es él la paloma de paz que viene á hablarnos de una nueva religión de confraternidad y amor, que palpita aquí, de este nuestro ambiente americano, cuna de las futuras redenciones.

Le comprendemos, por que nos habla de libertades venideras, ideal que vive en el

alma de América, nueva Hércules que desatará al Prometeo de la Humanidad, de la roca de las esclavitudes.

¡Extranjeros, venid hacia nosotros!

Venid, que el oleaje furioso del Paraná — Guazú, sacudido por el Pampero, que escupía sus espumas amargas sobre la frente réproba de los extrangeros de otrora, que traían cadenas, tendrá para vosotros, portadores de la buena nueva de fraternidad, que traéis con vuestro saber luz para iluminar nuestros espíritus, cándidos arrullos de paloma, voces de bienvenida y salmos de oblación.

Este rincón de América, la india heroica amada del Blandengue, há despuesto ya su ceño guerrero, y colgado en el carcaj las flechas que mataron á Solís, y os recibe con los brazos abiertos, porque ya no venís á esclavizarla, si no á redimirla, con la luz fulgurante de vuestro saber y de vuestra experiencia.

A Enrique Ferri, el artista, nuestro respetuoso saludo de amadores de la Belleza.

A Enrique Ferri, el sabio, el sociólogo, el predicador del Evangelio Nuevo, nosotros, americanos y libres, le enviamos nuestro saludo fraternal.

La Redacción

Gladium Igneo

DEL LIBRO EN PUNTA "REBELDIAS"

Hubo un tiempo un tirano, que comía corazones de tímidos, andaba sobre cuellos de esclavos, y bebía la sangre de la grey que apacentaba.
«¡Soy la Fuerza!» — soberbio repetía —
«¡Hércules que aniquila con su clava, y al golpe de mi brazo omnipotente Todos humillan con temor la frente!»

Reunieronse falanges de abnegados para acabar con él, y perecieron: millares y millares de soldados en heroicos combates sucumbieron: los escudos de bronce, destrozados bajo las plantas del tirano, fueron;
«Las armas que los fuertes empuñaban contra el peto del amo, se quebraban!

Desistieron al fin. Humildemente quedaron sometidos bajo el yugo, y en el Cielo y la Tierra, solamente que los rigiera, á su desgracia plugo,

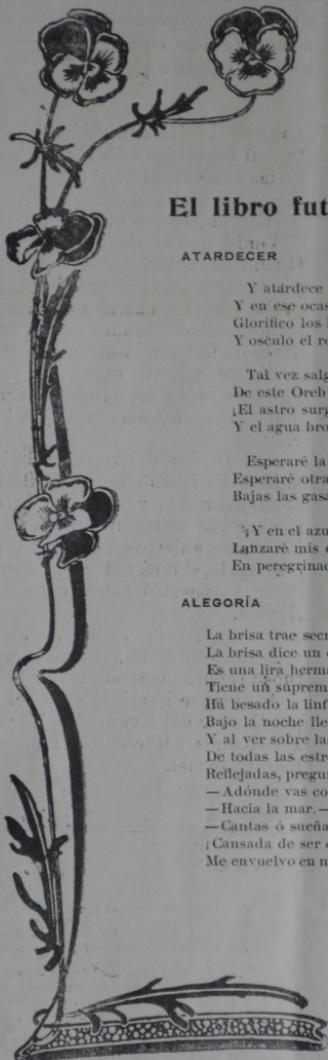
dos poderes, tiranos igualmente: la ira de Dios y el hacha del verdugo:
¡Las dos fuerzas absurdas, las dos leyes que hacer consiguen de los hombres, bueyes!

¡Surgió el Mesías! Blanco como armiño, de ojos azules, blonda cabellera, y hermosura de efébo... ¡casi un niño el mensajero de justicias era!
Cantó la Libertad con tal cariño, que oyendo el pueblo su canción guerrera, las nudas manos, de furor crispadas, buscaron en el cinto las espadas!

¡Bellas estrofas prodigando al viento la Tiranía hundió...! ¡Bendito sea!
Y la hundió con un arma, ¡oh, gran portento! que antiquila y fecunda, mata y crea.
¡Armó el arco de la luz del pensamiento y puso en él, las flechas de la Idea!
¡Que, para derrocar á lo protervo, sólo una fuerza es invencible: el Verbo!

Leoncio Lasso de la Vega





El libro futuro "Los éxtasis"

ATARDECER

Y atardece también sobre mi vida,
Y en ese ocaso inexorable y lento,
Glorifico los hierros del tormento
Y oscuro el rojo sello de mi herida.

Tal vez salga mi alma redimida
De este Oreb en que arde el sufrimiento:
¡El astro surge del negror violento
Y el agua brota de la peña hendida!

Esperaré la luz de otras auroras,
Esperaré otras albas, tembladoras
Bajas las gasas del primer rocío:

¡Y en el azul de las sidéreas salas
Lanzaré mis estrofas, como alas
En peregrinación hacia el Estio!...

ALEGORÍA

La brisa trae secretos del bosque y de la fuente,
La brisa dice un canto de amor en el ramaje;
Es una lira hermaná que vibra y su cordaje
Tiene un supremo ritmo, melódico y doliente.
Hú besado la linfa que duerme castamente
Bajo la noche llena de un gran temblor salvaje,
Y al ver sobre las aguas el plácido miraje
De todas las estrellas, maravillosamente
Rellejadas, pregunta, cómo una niña inquieta:
—Adónde vas con esa dorada pedrería?
—Hacia la mar.—¿Quién eres?—El alma del poeta.
—Cantas ó sueñas? Lloro, y en mí perenne duelo,
¡Cansada de ser onda bajo la luz del día,
Me envuelvo en mi ropaje de sombra, y soy el cielo!...

Francisco Alberto Schinca.



Ven conmigo, Dolor!...

¡Oh, bendito Dolor! con tus garras destrozadas mi alma; en mi copa derramas tus hieles, y tus nubes mis cielos empañan!

Tú no puedes brindarme el deleite, que la dicha tal vez me ofendara; tú no puedes de rosas y nardos sembrar el camino que pisan mis plantas.

Tú no puedes doradas quimeras, de ilusiones alzar á mi paso; tú no puedes mostrarme la vida, sembrada de flores, de luces radiante.

Tu crisol es oscuro. Mirando, al travez de tus lentes ahumados, la verdad aparece desnuda, y la noche encrespona el espacio.

Tú no tienes la fé del creyente, ni el simple optimismo del buen visionario.

Tus palabras no tienen dulzuras; tus flores de espinas no tienen fragancia; tus licores abrasan el pecho; tus caricias desgarran el alma...

¡Ven conmigo, mi fiel compañero!

Ven conmigo, que tú me agigantas!

¡Ven conmigo, mi fiel compañero!

Ven conmigo, que ya no me espantas!

En tu ausencia, maldije la dicha que sólo nos brinda mentidos halagos.

¡Ven conmigo, Dolor! que mil veces, de tus golpes sentí las nostalgias.

Fuí feliz un momento tan sólo. Un momento tan sólo... y me basta!

Me cansaron los lechos de plumas; me hastiaron los dulces halagos; habituado á beber de tus hieles, la miel me empalaga.

Extenúa la dicha traidora; se afemina el Varon en sus brazos.

¡El león, entre flores, muriera, de nostalgias de ramas de zarzas!

Ven conmigo! Aquí tienes mi pecho; con tus zarpas desgarras mis carnes; ven, y dame á beber en tu copa, del tónico amargo.

Ven conmigo, Dolor, que en tu ausencia, de tus golpes sentí las nostalgias; fuí feliz un momento tan sólo. Un momento tan sólo, y me basta!

R. Herita.

La bailarina

Los violines destien un caos modernista y entre glorias de aplausos aparece la artista.

Vibra una música peregrina

y alegre; vuella

y estremece con palpitaciones de fina

sensualidad las voces de amores desbordantes.

Sonrie la preciosa bailarina...

Cenido con su tela

millonaria de luces multicolores,

tiene el cuerpo el aspecto de un gran ramo de flores

con diamantes

y rubies por pétalos y esmeraldas por hojas,

con mariposas verdes y mariposas rojas.

Sus brazos hacen curvas anacreónticamente

ébricas y suaves; locas las circunvoluciones

de sus piernas describen una esfera latente;

las excursiones

de su mirada

enriquecen el aire

con noctámbulos gestos de corporizaciones de la Nada

y peregrinaciones

de donaire.

Recorre el escenario cual mariposa ágil;

un esquema invisible dibuja el movimiento

multiquebrado de su cuerpo frágil:

(Como un caleidoscopio

en un ofrecimiento

inconcebible de un ensueño de opio)

Y al terminar la danza modernista

una gloria de aplausos recompensa á la artista.

Lorenzo Vicens Thievent.

TEATRO NACIONAL



PABLO PODESTÁ

DIRECTOR DE LA COMPAÑÍA NACIONAL QUE ACTÚA
EN EL TEATRO POLITEAMA

Incidencias

Desde su puerta,
la niña experta,
de ojos azules como el ensueño,
me contemplaba con insistencia,
y, sin embargo,
seguí de largo
¡porque sus ojos provocadores
me parecieron ojos traidores!

Desde su puerta,
la niña experta,
de labios rojos como la grana,
cuando pasaba se sonreía,

y, sin embargo,
seguí de largo
¡porque sus labios casi inhumanos
me parecieron labios profanos!

Desde su puerta,
la niña experta
de ojos azules, de labios rojos,
me despreciaba con sus desdenes,
y, sin embargo,
seguí de largo
ya no podía, pues su desprecio
trocó en cariño mi orgullo necio!

Alberto R. Macció



El fallo de Apolo

Fué en el Olimpo.

Habíanse reunido allí los artistas para someter sus disputas al fallo de Apolo, juez inapelable.

El divino Rey de la Armonía, estaba sentado en su trono de luz, majestuoso y severo como el mismo Júpiter Tonante. Despedían luminosidades radiosas sus ojos, y tenían sus palabras la armonía de la música y el vigor de las estrofas.

Habló primero el Escultor y dijo:

Hé aquí, divino Apolo, que se me niega la supremacía en el Arte.

¡Dicen que no soy vuestro hijo predilecto!

Yo hago lo que nadie hace. Del bloc de mármol frío é inanimado surjen al conjuro de mi voluntad los bellos rostros de las alegres niñas y los de los velludos sátiros lujuriosos.

Venus, vuestra esposa, nació de las espumas del mar, pero vivió en el mármol por obra y gracia de mi inspiración. Los hombres no sabrían de ella si yo no hubiese existido.

Yo hago en la piedra, inerte y dura, poemas de armonía que deleitan los ojos.

Por mí, vivieron los Dioses.

Sin mí, no sabrían los hombres de la curva de las caderas de Juno, ni de las líneas del rostro de Afrodita.

Yo creo lo bello, lo armónico.

Poseo el soplo divino, pues hago dioses con mármol y con arcilla.

¡Yo soy más que vosotros, hombres y artistas! Apolo: yo debo ser vuestro hijo predilecto.

En verdad que os equivocáis—dijo entonces el pintor—mirando á los ojos de Apolo que reflejaban el Azul inmenso.

¡Yo soy quién tiene toda la gama de la armonía del color; yo tengo el Iris en mi paleta; poseo el azul del Cielo, y llevo á mis telas la púrpura de los arrebuelos!

Las flores son mis novias.

Yo pongo en las mejillas de las MADONAS los pétalos de las rosas fragantes y en las bocas de las CUCULAS la sangre de los claveles.

Yo reflejo la Naturaleza.

Por mi pincel, son adorables las vírgenes y bellos los tempos; yo derrocho la luz y el color; soy el amado del Sol. ¿Verdad, padre Apolo? Yo soy, sin duda, vuestro hijo predilecto.

Y dijo el Músico.

Toda la armonía de la Naturaleza está en mí. ¡Soy el ritmo, la voz de lo bello!

Eolo se cuele por mi flauta y remeda la voz dulcísima de los ruiseñores ¡él, tan rudo!

Lo que no alcanza á expresar ni vuestro cincel ni vuestra paleta, lo hace ensñar y adivinar la vibración de mi arpa.

Yo poseo la melodía de una lágrima, de un suspiro, de un beso.

¿Hay algo bello en el mundo que no esté sujeto á la melodía de la música?

Las fieras se amansan cuando taño mi lira.

La música, es la sonoridad del alma.

En el susurrar de las hojas movidas por la brisa, en las notas cristalinas que desgrana el arroyuelo en su corriente, yo pongo la melodía de mi arte, el grande, el único, el supremo.

¿Verdad, divino Apolo, que soy yo vuestro hijo predilecto?

Y el Poeta—en tanto jugaba en sus cabellos el sol, envidioso de su áurea brillantez—dijo así: todo lo que vosotros hacéis, lo hago yo, sin que me ayuden los sentidos, con el sólo impulso de mi alma. Yo tengo la música de mis rimas, la cadencia de mis versos, el colorido de mis estrofas.

Si vos fuérais ciego—dijo al Pintor—no sabríais pintar esos bellos arrebuelos de que hablabais, ni fijaríais en vuestras telas la gloria de los bellos arrozales poblados de cigüeñas y de lothos, ni pintaríais las MADONAS de rostros angélicos, ni las rosas de estío, de lujuriosos colores, ni los nelumbos lánguidos. . .

¡Yo, ciego, escribí la Iliada y la Odisea!

¿Que haríais vos—dijo al Escultor—si os faltasen los brazos?

En mis versos, es más bella Afrodita que en vuestros mármoles y vivirá más tiempo. Las bellezas que digo del cuerpo de Friné—la divina—jamás las traducirá vuestro cincel.

Yo hago ver á los hombres, con mi palabra rítmica, niñas y nereidas, sílfides y diosas, más bellas que las que vos concebisteis y creaste en mármol y en ónix, en ágata y en pórfido.

¡Yo, manco, escribí el Quijote!

¿Que nota poseéis—dijo al Músico—que no la encontréis en mis versos?

Yo se expresar todas las palpitations del alma; todos los sentimientos.

¡Yo poseo la Palabra—el supremo don.—Todo lo que vosotros podais expresar en mármol, en color, en melodía, lo expreso yo en rítmicas pala-

bras, que tienen el colorido de vuestras telas, la armonía de vuestra música y la belleza de vuestras estatuas.

Hablad, divino Padre: ¿Quién es de nosotros vuestro hijo predilecto?

Y el dios, desde su trono olímpico, habló.

Habló con palabras armoniosas que fingían el argentino sonido de una cascada de perlas.

Filomela revoloteaba en tanto, en torno á su cabeza. Una melodía muy suave, se sentía vagar por el aire.

Todo lo que es música y ritmo, vibraba armoniosamente en el Olimpo á la voz de Apolo.

El dios habló así:

Hijos míos; el Arte es uno sólo. Único.

No admite subdivisiones ni especies.

Si es verdad todo lo que habéis dicho—dijo al Poeta—es porque todo lo bello es poesía.

Poesía, es el mármol cincelado, la rosa pintada y el arpa que vibra.

Todo está sugeto á la misma ley, la ley de la belleza. El Arte, es lo noble, lo alto, lo puro. No hay arte en lo bajo, en lo fangoso, en lo pedestre.

La Escultura, la Música, la Pintura, son modalidades de ese mismo Arte...

Pero—dijeron á un tiempo los artistas todos—¿cual es la más grande y más perfecta?

De todas ellas, la más grande, la menos corpórea, la más perfecta y bella,—dijo Apolo al Poeta,—es la vuestra.

¡Habéis sido siempre mi hijo predilecto!

Y ungió la frente del Poeta con un beso, que hizo reverdecer en una primavera de gloria, los laureles que orlaban su cabeza.

Cuando llega la noche...

¡Madre, madre! ¡qué triste
El caer de la tarde,
Cuando el alma se tiene sin fuego...
¡Oh, qué triste, madre!

Yo no sé que nostalgias
De otra vida me abruma,
Cuando el mundo de todos mis sueños
Se hunde en la penumbra...

¡Yo no se si tramonto
En la mitad del día,
O sin un nido se ha hecho en la sombra
Mi pena infinita...

Parece que la tarde
Llorara mis tristezas...
¡Es quizás que mis duelos la apiadan
Porque soy Poeta!

Yo he cantado la gloria
De las albas en fiesta...
Es por eso que el Sol me bendice
¡Muriendo... y me besa!

¡Oh, no son cual los tuyos
Madre mía, esos besos!
¡No calientan el alma llorosa
Ni dejan recuerdos!

Es que es mi alma lo mismo
Sí... lo mismo que un templo
Sin altar, sin custodia, sin flores...
Tan frío y desierto...

La noche se avecina,
¡Yo la siento!... callando...
¡Ay! si aún calentarme pudiera
Con soles pasados...

La noche se avecina,
Pero el sueño no llega...
¡Oh, la sombra! ya no hay más remedio
Que abismarse en ella.

Solo estoy, si supieras
Madre mía, qué solo!
Ya tan solo que lleno de penas,
Apenas si lloro...

Llevo un luto aquí dentro,
Que no sospecha nadie...
¡Pesa en mi alma en naufragio el destino
De lo Irreparable!

Poco á poco el silencio
De mi noche de adueña...
Y me mira la luna con una
Mirada de muerta!

Una tumba me cava
Tenaz la pesadilla...
¡Qué tristeza morirse de noche,
De espalda á la Vida!...

Como á un niño mimoso
La sombra me dá miedo...
¡Madre! dame tus besos benditos
Por ver si me duermo!...

¡Madre! madre! que triste
El caer de la tarde,
Cuando el alma se llena de sombras,
¡Oh, qué triste, madre!

Angel Falco.



Chumbos

La vida humana es muy triste, amigomío. La tristeza fluye de todas las cosas: del amor y de la muerte, de los horizontes plomizos y de los días espléndidos del estío, cuando el azul del cielo es más límpido y la luz del sol más radiante.

El hombre es una brizna: se debate un momento y «chau»!...

En tanto, las primaveras se suceden eternamente, cargadas de fecundidad y de gloria.

Yo creo, sin embargo, que hay que tener paciencia...

Hay una cosa vulgar de la cual todavía no han hablado mal los literatos: el sol.

Me parece lógico que un hombre de talento positivo no sepa qué cosa es la modestia. Pero me parece un necio el sujeto que, declarándose inmodesto, incurre en pedantería.

Si el verdadero talento no sabe lo que significa la modestia, tampoco ha de saber lo que es la vanidad.

En medio de la desolación y miserias humanas, no cabe otra cosa que reír, aunque se ría con risa enfermiza y sangrienta.

Concebir las ideas ó tendencias más en pugna con las nuestras, es propio de los espíritus amplios. Para ser amplio se necesita ser sincero, y para ser sincero es necesario que nos hagan de nuevo.

Por lo tanto, no habiendo sinceridad, no puede haber amplitud.

Somos una turba de bestias infatuadas.

La verdad es que, como dice Baroja, el hecho de ser inteligente no implica mérito alguno. Víctor Hugo, por ejemplo, pudo haber nacido Gedeón, así como éste pudo haber nacido Pasteur, Reclus, etc.

El mérito estaría en demostrar la falsedad de éste concepto: «Lo que Natura non da, Salamanca non presta.» Esto es: haber nacido burro y llegar á ser talentoso.

Zadig.

Los jóvenes

FÉLIX BALLOTTA.

Es un desconocido. Obligado por las circunstancias implacables de la vida, casi un niño aún, tuvo que abandonar el país. Y nadie lo ha vuelto á ver. A veces, sin embargo, nos viene de la metrópoli vecina el anuncio de alguno de sus triunfos, triunfos pequeños, sin mayor trascendencia, á causa del círculo reducido en que no tiene más remedio que actuar.

Y es un artista, un exquisito, y también un bohemio, un perfecto y simpático bohemio.

Hablemos de su primera juventud... Entonces, en el antiguo edificio universitario de la calle Uruguay, él asistía á las clases en compañía de Ambrosio L. Ramasso, Arturo Lapoujade, y otros, que han llegado al término de su carrera.

Él también esperaba algo de su talento,

confiaba en el éxito de su carrera de médico soñaba con los afanes del anfiteatro, con la misantropía de su misión, llevando la salud y el contento á todos los hogares. . .

Sin embargo no pudo ser. Un diablillo interior, que le llenaba el cerebro y le zumbaba continuamente en los oídos, hizo desvanecer sus esperanzas, para dar paso á otras ilusiones, más bellas, más generosas quizá. . . pero menos prácticas!

Y he aquí que aquel médico en ciernes, supo un buen día que en su alma vibraba un arpa llena de dulces sonoridades. Verdi lo tentó, luego Chopin, más tarde Wagner. Y el médico desapareció.

Pero llegó el peligro. . . El cariño paternal sabe, con su dolorosa experiencia, que Apolo pudo vivir por que era un dios, y que en la ingrata lucha por la vida, el bistrú vence siempre. . . la lira nunca. . .

¿Dónde iría él, entonces, con su armoniosa lira en hombros y su cerebro lleno de sueños? ¡Oh Numen! qué ingrato eres!

Entonces, las pálidas estrellas de la noche velaron su sueño en medio del arroyo y desconoció las blancuras del mantel.

Así nació el bohemio, falto de alimento y de reposo, lleno de armonías y de sueños.

Han pasado algunos años. . . Sus viejas ambiciones de Galeno, le hacen sonreír burlesca y dolorosamente. El artista ha triunfado.

Su lira tiene plétora de dulzuras y melancolías. En Schubert, aunque él no lo cree, ha encontrado sus mejores notas.

Es un alma melancólica, que gusta de ocul-

tar su temperamento tierno y á veces romántico. Ríe irónicamente; parece un Voltaire con mucho de Schopenhauer, y es un Rousseau con mucho Musset.

Ha producido mucho y á publicado poco.

Su sinfonia, inédita, «13 de Enero», es de una fuerza lírica conmovedora. Pocas veces la ejecuta al piano; y cuando lo hace, sus ojos vivaces de mirada escrutadora, se inundan en llanto. Es que el artista es hermosamente sincero; vive sus obras. En ellas, y no en su vida diaria, está toda su alma.

No ha estudiado en la cátedra; sin embargo, todo lo sabe. Ha de publicar, él no sabe cuando,—cuando pueda pagarlo,—un tratado de armonía escrito hace seis años, que es un prodigio de erudición y sencillez.

«La Rusticana», un vals compuesto sobre motivos de la ópera de Mascagni, revela por sí solo al artista.

Aunque en la dulce tranquilidad de un hogar, es hoy, como ayer, como lo será siempre, un bohemio.

En Buenos Aires, lo veíamos todos los días entregado á la composición, al piano, á la flauta.—No desconoce ningún instrumento musical.—Cierta día en que le preguntamos por que no empleaba todo ese tiempo en algo más provechoso para su hogar, nos contestó sonriendo irónicamente.

—Quiero vivir para mí. . . Ya trabajé el sábado. . . tengo bastante. . .

Porque es artista y porque es bohemio!

Crosmán Moratorio.

Grandeza Humana

Es tan grande el espacio, el ancho cielo,
Que al lado suyo el mundo ni es un grano;
Y lo mismo le pasa al ser humano,
Si lo medimos con su inmenso suelo.

¡Polvo de un grano en su continuo vuelo!
¿Acaso vuestro orgullo será vano
En sentirnos de todo soberano
Porque seáis un triste pequenuelo?

Será el espacio inmenso y magestuoso;
De encerrarnos en si estará orgulloso;
Mas, si abarca mi mente lo infinito,

Mayor será mi orgullo poderoso;
¡Que él, siendo grande encierra lo chiquito
Y siendo yo pequeño, lo grandioso!

Carlos Sábat Ercasti.



Desde mi escepticismo

I

Yo que en mis Horas tuve visiones de grandezas,
Que me sentía heroico desde mi noble afán,
Me conmovían todas las humanas tristezas
De modos que del alma jamás se esfumarán.

Y el plectro generoso cantor de las noblezas
Pulsé con mano hercúlea, con bríos de titán;
Las cuerdas resonaron, el plectro hizo proezas....
¡Diluvio de armonías, quién sabe dónde están!

Y luego, ¡cuántas penas terribles me asaltaron!
De todos mis altruismos, ¡de todos! se burlaron
Los hombres, que nacieron tan sólo para el mal;

Y, desde entonces, Dudo, desde ese día Niego,
Desde esa hora sufro, desde ese instante brego....
¡Eséptico, misántropo, sin fé en el Ideal!

II

Mis líricos ensueños, son astros que se hundieron
En el ocaso triste de la Fatalidad,
Nublando los destellos ardientes que encendieron
Para alumbrar los años primeros de mi edad.

Los sueños juveniles que en mi cerebro hervieron
Bramando en mis estrofas como una tempestad,
Calmaron sus arrojós cuando se convencieron
Que era luchar en vano contra la iniquidad.

¡Cómo tener alientos para que vibre el verso
Si no hay una sola alma en todo el Universo
Que no tenga su historia de oprobio y de baldón!

Todas las que se elevan hasta el azul del cielo
Plegan después las alas y ruedan por el suelo,
¡No sé si bajo el peso de alguna maldición!

III

Cansada está la lira del combatir violento,
Ya débil está el verbo de tanto batallar,
Sus energías mueren, y apenas si un aliento
Le queda todavía para poder vibrar.

Dijo sus profecías con estertóreo acento
En el embate heroico del lírico lidiar;
Más, hoy es una hoja que no resiste al viento
Que en su aletazo rudo la va á sacrificar.

Es que la fuerza hercúlea que la impulsó en sus cantos
Doblóse bajo el peso de enormes desencantos
Cuando á los súperhombres apostasiar les vi.

¡Oh días de mis sueños! Todo es mentira, todo,
Sólo una cosa es cierta, sólo una cosa: el lodo.
¡Cuánto he sufrido, cuánto, cuando lo comprendí!

Carlos T. Gamba.

Los pseudónimos

Es en verdad curiosa la manía en que han dado los escritores modernos de transfigurar ó cambiar totalmente sus nombres, para firmar sus producciones, haciendo olvidar sus nombres verdaderos.

El público se acostumbra á ello de tal suerte, que el día que aparecieran firmados con el verdadero nombre de sus autores, los libros, folletos, artículos, etc. que se publican actualmente, quedaría desorientado.

Hace pocos años, se inició en Francia un proceso curioso. Un señor León de Rosny, director de una escuela de Estudios Superiores, demandó á los hermanos Boex, por que firmaban sus obras con éste nombre: J. H. Rosny.

Según él no había en toda Francia otra persona que tuviera derecho á usar tal apellido.

El pleito se ventiló entre las bromas é ironías de todo el París intelectual.

Como es natural, el juez sentenció en favor de los hermanos Boex, autorizándolos para firmar sus obras con el nombre de J. H. Rosny, con el que son tan conocidos los exquisitos escritores.

Si hubiera sentenciado lo contrario ¿que sucedería?

Sería realmente curioso, pues la inmensa mayoría de los escritores franceses, se verían obligados á cambiar las firmas que ponen al pié de sus producciones.

Casi todos los nombres célebres contemporáneos son falsos; son sencillamente pseu-

dónimos que el talento de cada autor há hecho más ó menos famoso.

En verdad, sería de reír, que el juez parisién hubiese sentenciado lo contrario.

Un buen día aparecería en un periódico francés, un artículo, ó más bien, un cuento, un delicioso cuento firmado por un señor Thibaut.

El argumento, digno de un Maupassant; el estilo, el de un maestro, el de Anatole France, el inimitable; ¿quién es ese señor Thibaut? ¿uno que surge, que se impone? ¿una esperanza para la literatura?

Pues... Thibaut es el verdadero apellido de Anatole France, universalmente conocido con ese pseudónimo.

He aquí, un libro firmado por un novelista «nuevo», un señor Touissant, que promete mucho... El público no le conoce.

En tanto, René Maizeroy, el gran novelista, sonreiría al ver desconocido su verdadero nombre.

Y una lujuriosa descripción de países raros, un libro de viajes al misterioso Oriente, hablándonos de gheisas y kimonos, de lotos, de arrozales y de lacas, de ojos oblicuos y caritas de cera, firmado por Julian Wiaud, de la oficialidad del «Sally», no nos sorprendería?

¿Seríamos capaces de hablar de «plagios» imitaciones, etc.

Pues nó, es «él», él mismo, Pierre Loti, que há firmado con su nombre verdadero!

E. Moineaux es el verdadero nombre de M. George Courtelline, quizá el escritor contemporáneo que escribe más lindos cuentos después de Anatole France.

Claudio Feval, es el pseudónimo de la baronesa de Pierrebouurg.

En verdad que un nombre musical y bonito ayuda mucho para conquistar renombre y fama.

¿Quién leería un libro que viniera firmado por «Girolamo Rapagneta»?

¿Se podría ser célebre con este nombre?

Pues ese es el verdadero de «Gabriel D'Annunzio», el lírico pirata, al que algunos

llaman exquisito, y que es conocido en todo el mundo literario, por su sugestivo pseudónimo.

De Rubén Darío, el insigne poeta nicaragüense, glorioso innovador de la rima castellana, y quizá el escritor más leído de todos los que en español escriben, se há dicho infinitas veces que el nombre que usa es fingido y contrahecho.

Se dice que el verdadero es «Darío Sánchez», hijo de «Rubén Sánchez», y que combinando el nombre de su padre con el suyo propio, formó el que usa, tan musical y sonoro.

Sin embargo, nadie sabe la verdad sobre este asunto.

Pero donde verdaderamente se usa y abusa del pseudónimo es en París.

En el teatro, en el periódico, en pintura, en todos lados, los nombres que se ven al pie de las producciones de autores más «conocidos», son pseudónimos simplemente.

Veamos «Le Fígaro». Hé aquí unas caricaturas. Nos hacen sonreír... El lápiz es conocido, más... ¿como firma?—Manuel Poiré—Nadie lo conoce. Pues ese es el nombre y apellido de «Caran D'Ache», el famoso dibujante.

¿Y en el Teatro? Supongamos un cartel anunciando una función con el «debut» de Mme. Reju; vamos al teatro y al levantarse el telón, aparece sonriendo deliciosamente una cara muy conocida, como burlándose de nuestra sorpresa: es «Gabrielle Réjane», la popular actriz que ha disfrazado su verdadero apellido de Reju—haciéndose universalmente conocida por su pseudónimo.

Pseudónimo es el de Charles Merouvel, el célebre novelista de aventuras. Casi nadie sabe que su verdadero apellido es Chartier. ¿Cuántos chascos no se llevaría el buen público parisién si el juez que entendió en la demanda de Mr. Rosny, hubiese fallado lo contrario?

Mr. Raymond Poincaré, defensor de los hermanos Boex, hizo, en su defensa, notar la cantidad enorme de escritores que en París usan un nombre que no es el propio.

Y el juez falló en favor de los escritores.
¡Parisién al fin!

Aquí en el Uruguay, son pocos los escritores que han popularizado un pseudónimo al extremo de hacer olvidar el propio nombre.

Entre ellos se pueden citar al poeta Zumfelde, mucho más conocido por «Aurelio del Hebrón» y al doctor Daniel Muñoz, el brillante «Sansón Carrasco».

A «Aurelio del Hebrón» hasta en la intimidad se le llama por su pseudónimo, olvidándose de su nombre verdadero.

En otras épocas, los poetas regionalistas Orosmán Moratorio y Arturo Lussich, hicieron populares sus pseudónimos de «Julián Perujo» y «Luciano Santos», respectivamente, pero en general no ha llegado aquí al auge la manía de los pseudónimos.

En verdad que, como anteriormente decíamos, un nombre sonoro y musical, fácil de grabarse en la memoria del público, ayuda mucho para subir la empinada cuesta de la fama...

Ráfaga sutil

El caballero de la Orden de Cupido pasaba bajo de los balcones de su amada, engalanados con la presencia de ella ataviada de color de rosa.

Mientras él la contemplaba oí que su alma decía lo siguiente:

Hada de color de rosa
que asomas á la ventana,
eres mi visión radiosa,
símbolo de la mañana.
Hada de color de rosa.

Fresca y perfumant: rosa,
junto á tí van mis amores
á cantar como gloriosa
bandada de ruiseñores.
Fresca y perfumante rosa.

Tenne libélula rosa
de los más gratos vergeles,
quisiera ser mariposa
para libar de tus mieles.
Tenne libélula rosa.

Serafin de alas de rosa
portadoras de alegrías,
ante tu faz amorosa
mueren mis melancolías.
Serafin de alas de rosa.

Te contemplo visión rosa
asomada á tu ventana,
con la pasión fervorosa
que vió Cyrano á Roxana.
¡Oh dulce aparición rosa!

Y me alejo estrella rosa
que en mi cielo azul oscilas
llevando la luminosa
radiación de tus pupilas.
¡Oh mi amiga estrella rosa!

Illa Moreno.

Triunfo de la Vida

PARA ELBIO N. VIGIL

Se presentían, y en una irradiación de ternuras, se besaban sus almas con la luz de sus ojos soñadores!

Se comprendieron, y en una exquisita floración de sentimientos, se hermanaron sus ideas como peregrinas visiones ideales!

Al influjo poderoso de la carne, sus bocas, atrayéndose irresistiblemente, crearon el beso, ¡supremo evocador del Deseo que fertilizó sus cuerpos de pasión!

Ella, era un pimpollo de Amor que se abrió lujurioso, encendiéndose en voluptuosidad, al soplo caliginoso de las caricias germinadoras de los labios del amado.

El, era un varón fuerte y amante, romántico caballero de la idealidad, que llevaba á la grupa el Sentimiento.

Al encontrarse, no se hablaban sin que antes cien besos les dieran permiso á las bocas.

Y al mirarse, sabían de la angustia de las horas de ausencia.

Se sabían buenos, sabiéndose libres.

¡Por eso se sabían amar!

Y el amor, idealizado, se habría en medio á sus vidas de ensueño, como una flor pleotórica de vida!

Y fué el día !

La Verdad entonó un himno de gracias al ser emancipada.

La Pasión, cantó la «Marsellesa» del amor.

El Prejuicio, como una serpiente vencida silbó su derrota.

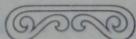
El Porvenir, bello como un Adonis, enamoró á la Fé.

Y la fé en la vida, conquistando dos voluntades, fué hacia el Porvenir.

Dos vidas, como dos pájaros que vuelan hacia el bosque, marcharon hacia el amor, libre de toda traba, y formaron su nido.

¡Y la vida triunfó!

Raúl Dutrenit



Versos prosaicos

Surge et ámbula

Sienes blancas, sienes yertas, soñadoras, pensativas: para el mundo siempre muertas, para mi amor siempre vivas.

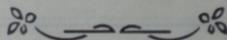
Ojos dulces, ojos yertos, adorables y adorados: á la luz siempre cerrados, para mi amor siempre abiertos.

Labios mustios como flores de jardines arrasados: para el mundo ya callados, para mi siempre reidores.

Corazón adormecido que las gentes dan por muerto: para el mundo ya dormido, para mi amor aún despierto.

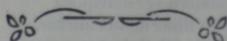
Madre santa, madre muerta, de mi voz oye el reclamo. ¡Despierta, madre, despierta! ¡Despierta que yo te llamo!

Carlos Miranda.



Sí...! Me comparo con el flete, pero
Haciendo una alvertensia...
¡Él, no precisa para andar, rebenque
Ni agudas nazarenas!
En cambio yo, para vivir, preciso
Que una juerza me mueva...
;Por qué el dolor al ver que me detengo
¡Ay! me encaje la espuela!...
Vos, que tenés la lima necesaria
Pá calmar agudezas,
Suavizá por lo menos, las rodajas
Que m'entierran las penas!...
Y verás que p'al gaucho agradecido,
El favor que se entrega,
Se paga con el beso, que se moja
Con el llanto que rueda!

Ricardo Equia Puentes.





Los temibles

El que crea que voy hablar aquí de los inoportunos cacos, los chicuelos vagabundos, de los perros que rabian, etc, se lleva el más soberano de los chascos.

¡Temibles! ¿Acaso ellos lo son?

No, mil veces nó!

Depáreme á mi el Infierno quinientos mil «malos encuentros» nocturnos, que yá sabré yo impedir que me lleven los «cacos» cosa de mayor valor; sálgamen al encuentro en buena hora siete docenas de chiquillos desarrapados, como un «réclame» de la Misericordia, pregonando por ironía ¡la suerteeee!—acósenmen quinientas jaurías de hambrientos canes—que aviados están si piensan desayunarse en mis pulpas—pero, ¡libreme Dios de las tres más grandes plagas que el ocioso Lucifer há sembrado por el mundo;—El «Recetador»; El «Footballer» y El «Recitador».

¿Quién es el feliz mortal que no ha topado, siquiera una vez, con uno de esos «tíos», ó «tías», siempre dispuestos á hallarnos cara de enfermos y examir nuestra lengua, dando terribles vaticinios, para recetarnos «ipsofacto», si damos en la tontera de alarmarnos?

¡Horror, lectores, horror! ¿Hay algo más temible que esto?

«Ginesillo de Pasamonte» es asmático. . .

¿Tienen ustedes algo que recetar?

(Dios libre y guarde).

Bien se yo que no es el asma lo que más molesta.

Andar por esas calles remedando el fú-fú-de los automóviles, asustando á las bestias y llamando la atención de los cristianos, tiene sus bemoles, pero, no es eso lo peor. ¡Si fuera eso sólo!

¡Pobrecito—dicen las viejas compadecidas al verme—tan flaco y tan feo—. . . y ya «con eso»; pero. . . mire; todo tiene remedio. El finadito mi abuelo (que Dios lo tenga en su santa gloria) también sufría, pero se aliviaba mucho con el remedio del perro pelado. . . ¿No ha hecho usted la prueba?

No, señora, en mis días. Yo les hecharía «Pilol» á todos los perros calvos, para no acordarme de mi sastre, que es pera—Speray no espera. Pero, ¡que lástima! Debería usted intentar; el probar no cuesta nada; y eso no mata.

Y aquello del apio cimarrón puesto tres veces al sereno, con tres cabezas de ajo macho y una yema de «güevo» sin galladura, que sea de polla negra, ¿no lo probó? Es santo remedio. Debería de probar. Vd es joven y. . . ¡Dios es grande!

¡No probó tampoco lo de la flor de «tungundunday» con «ráiz» de ñangapiré? pregunta otro que tal. ¡Es santo remedio!

¿Quiere que le prepare la miel con azufre? me propone otra vecina «servicial»; colóquese en el pecho un medio gato calentito. . . quememe usted el mío-mío. . . encierre una lagartija en una caña, y úsela como relicario. . . ¡horror! No se como déjé con vida á uno que por curarme del asma, me curó, con yuyos, de un extreñimiento de que padecía. . .

Sálvese usted del «recetador», prometiéndole buscar el perro pelado, poner el huevo al rocío, quemar el mío-mío. . . y sin tiempo para pronunciar un «mal rayo los parta» dará de manos á boca con cualquiera de los otros dos «temibles». . .

¿En que club está usted? nos pregunta

impertinente cualquier, «quidam», como si todos, al nacer, hubiéramos contraído el compromiso de ser bestias.

¿Es usted «peñarolista»? ¿«Nacionalófilo»? No, no... Ah! ¿es usted «Riverplatista»? ¿Que le parece, «ché», como juega este muchacho Trócoli? ¡Que «pechaso»! ¡Es un tigre! ¡Qué «patumes»! Y el latero va entusiasmandose por grados, comenzando por jugar con un guijarro, y concluyendo por incrustarlo á uno en la pared, de un «pechazo» corporal. Eso, en el caso de que no le «gane de mano» cualquier chiquillo entusiasta (de los que «practican» en la «incubadora» de footballers —ex-plaza de armas), desencuadernándonos la fisonomía de un cierto goal, ó volteándonos la galera de un «soot»; que en ninguno de los casos saldremos muy bien parados...

Ponga usted en orden sus huesos; vende su ojo averiado; «cepille» con el pañuelo su galera y... «derrochando sal», instálese en una esquina, «marconiando» con la dama de sus ensueños...

¡Caso perdido!

Un golpecito en la espalda, una aparición mefistofélica, y ya tenemos en escena al tercer temible, al más temible de todos, «el recitador».

¿No ha leído nada de lo último de Lugones?

Esta es la inmediata pregunta al «por su casa» de cualquier profesional del decadentismo cursi.

¡Que barbaridad! Pero, ¿no há leído ni siquiera «La sin par morocha» de Arrarte?

¡Imposible! ¡Y «Los suspiros gláucos» de Exquisito Melódia, el renombrado autor de «Los cisnes tornasolados»?

Tampoco, hombre, tampoco!

Y los últimos versos de Cara...

¡Chist! no diga malas palabras que está mi «suegra» en el balcón! —interrumpimos tapándole la boca.

No, hombre, no, Caracciolo, iba decir á Caracciolo. Es lo mejor que há «salido». ¡Es un coloso! Tiene un estilo idéntico al mío.

Mire usted; el otro día, casualmente, coincidimos en una metáfora; por que digo yo: Duerme la princesa—suspiran las ondas— las ondas del lago—del lago de azul—... y el dice:

La duquesa duerme—duerme la duquesa—y á orillas del lago—con íntimo halago—dobla la cabeza—la gentil duquesa...

¡Los dos somos colosales! ¿No ha leído usted nada mío?

—No embrome, hombre, vea que...

¿Pero es que no lee usted «Las palmeras unánimes» ni «La ráfaga lila»?

No, hombre, no embrome: ¿no há leído usted nada mío?

¡Ni Dios permita!, vá á decir el «lateado», pero el Torquemada interrumpe:

Recitaré la «Super Vida»...

No, no jorobe. Es mucho embromar...

Deje usted, hombre, deje usted, verá que cosa notable. No se há escrito nada igual.

Empieza así:

Y comienza... Y desfilan en interminable caravana, las pálidas duquesitas, los elefantes nocivos—(de los cuales es fama que más bien que elefantes parecen chivos) los jardines interiores, los lagos magos, los castillos nacarinos, las fuentes dilectas, las rosas exangües, y... al día siguiente, por la casa de la víctima, el médico para decir con voz sentenciosa: ¡caso perdido! aplopegía fulminante, con no sé cuanto «itis» mancomunados... ¡caso perdido! y mientras lloran los deudos y salen «vendiendo boletines» cualquier comedido, á encargarse de las fúnebres pompas, y se procura cualquier comadre los avíos para confeccionar la mortaja, el malhechor, que há tenido noticias del próximo terrible desenlace, se pasea meciéndose la melena y murmurando: ¡era mi amigo, sí, era mi amigo! Tendré que decir siquiera unas palabras. Empezaré así:

La inexorable Parca...

¡Si siquiera esos estultos me comprendieran!...

Ginesillo de Pasamonte

Cosas de teatro

Quincena fecunda ha sido esta en novedades y acontecimientos teatrales. Arellano, desde Solís, há tratado inútilmente de resucitar el entusiasmo que provocaron las primeras representaciones del finado concurso Labardén. Las obras estrenadas, de dicho concurso, son por ahora tres: «Pobre hombre», «La vieja mujer» y «El cisne de Lohengrín». De las dos primeras está de más hablar porque nada absolutamente de notable tienen. En cuanto al «Cisne de Lohengrín» obra de nuestro compañero de redacción Orosmán Moratorio, nos es imposible abrir juicio debido á la pésima interpretación que obtuvo de los mal llamados artistas.

Fueron también estrenadas en dicho teatro, tres obritas en un acto, no presentadas al concurso, y llamadas «Sobre las olas», «La Piedra Filosofal», y «El sueño de Lédia» pertenecientes respectivamente á Luis Scarzolo Travieso, Maria Eugenia Vaz Ferrerya y Esther R. Parodi Uriarte. De la primera no hablo, pues la considero un entremés sin pié ni cabeza, donde los actores dicen cuatro cosas sin ton ni son. Lo único bueno que encuentro en dicha obra, es la decoración que dá bastante exactamente la ilusión de un lugar conocido de nuestro balneario de Los Pocitos. En cuanto á las otras dos obras, son dos deliciosos dramitas donde las autoras han derramado prolíficamente la delicadeza exhuberante de sus almas femeninas.

Nos felicitamos del éxito que han obtenido.

Hago constar en esta ligera crónica, la interpretación menos que mediocre que han obtenido todas estas obras, causa quizá, de que muchas de sus bellezas hayan pasado desapercibidas para el público.

El vice-versa, lo forma desde el escenario del Politeama, Pablo Podestá con su valiente «troupe». Creemos que nunca nos han visitado una compañía dramática nacional superior á ésta. Y es por esa causa que noche

á noche se repiten en el amplio teatro de la calle Colonia, llenos verdaderamente fenomenales. Entre las obras nuevas que nos ha hecho conocer el gran actor figuran «El Arlequín» y «Las del barranco». De ninguna de ellas hablaré por dos razones: por la falta de espacio y porque la crítica de ambas márgenes del Plata se ha ocupado suficientemente de ellas. También puedo decir que nos ha dado á conocer «Barranca Abajo» obra de nuestro estimado «bohemio» Florencio Sánchez, que ya había representado aquí la compañía de Cordero, con evidente perjuicio de la obra y del autor, que habían quedado mal parados con dicha interpretación castellano-gauchesca.

Es indudable que Pablo posee el cetro de los artistas nacionales. No anduvo muy descomulgado quién le llamó «el Grasso americano». Sin embargo, no domina á la perfección solamente el género dramático, sino que su vis cómica es verdaderamente irresistible.

Acompaña á Pablo, una compañía discretísima en la cual se destaca como estrella de primera magnitud la característica señora Rico. Posee esta artista á más del completo dominio de sus facultades escénicas, una naturalidad que «puede» llamarse sencillamente sorprendente.

Ferri, desde su tribuna improvisada en el Urquiza, nos ha obsequiados con seis conferencias magníficas. El gran italiano se ha elevado á altura inconcebible. Se nos ha demostrado á más del hombre de ciencia, del sabio, el artista de la palabra, el magnífico orador que arrebató y que subyuga.

El público que en las primeras conferencias se mostraba helado, se ha dejado vencer y ha llenado el amplio teatro en las últimas conferencias.

De los demás teatros no nos ocupamos por que sólo nos interesa el Arte. Quédame sólo, anunciar el estreno de varias obras de auto-

res nacionales en el Politeama, entre las que se encuentran «La Jaula» de Orosmán Moratorio y «La Nodriza» de Antonio Mascaró ambos compañeros de redacción.

Y no hay más.

Guzmán Rubí.

La producción literaria

Verdaderamente, no me encuentro con fuerzas suficientes para juzgar, ni aún para enumerar, la cantidad de obras teatrales que se han escrito en estos últimos tiempos.

La cantidad es enorme; la calidad, ínfima, salvo muy raras excepciones.

Con motivo del archifamoso concurso Labardén, se han escrito alrededor de cien obras dramáticas, y entre todo ese enorme número no hay una sola que merezca sobrepasar el calificativo de «regular».

Fuera de las del concurso, se han estrenado en esta quincena, unas cuantas más, y á decir la verdad, las únicas que merecerían la crítica son «La piedra filosofal» y «El sueño de Lédia» que representan un meritorio esfuerzo, digno de alentarse, de las valientes poetisas, las señoritas E. Vaz Ferreyra y Esther R. Parodi Uriarte.

Pero esta pesada tarea corresponde á mi compañero «Guzmán Rubí».

Yo quiero hablar de otra cosa; de libros. ¿Que se han hecho nuestros literatos y poetas, otrora tan fecundos?

Desde que apareció «Vida que Canta» de nuestro compañero Falco, no ha visto la luz de la publicidad ningún otro libro, ni en prosa ni en verso.

¿Es que todos se dedican al teatro?

¿Hay aún ilusos que creen en los «ochocientos»?

Aún mismo la crítica, se há mostrado esta vez parsimoniosa.

Aparece un libro como «Vida que Canta», revelación de una faz desconocida de uno de nuestros primeros poetas, y contados fueron los escritores que desde las columnas de la

prensa, se ocuparon en aplaudir ó criticar la obra.

¡Hablamos después de indiferencia del público!

¿Y nosotros?

Es en verdad desconsoladora esa apatía en nuestro pequeño mundo intelectual.

El teatro, por los «inmediatos» beneficios, y la resonancia del triunfo, (cuando lo hay) seduce á muchos, que creen muy fácil llegar á ser «Florencios», sin saber que para dramaturgo, se «nace», y que no es lo mismo escribir un soneto que hacer un drama.

Son muy pocos los talentos enciclopédicos.

Florencio Sánchez, el del colosal talento teatral, no sabe hacer una mala cuarteta!

Como síntoma de reacción, sacudiendo la inercia ambiente, se anuncia un nuevo libro, en prosa y verso, del valiente poeta y galano escritor, Leoncio Lasso de la Vega, compañero de redacción nuestro.

Siendo Lasso el «bohemio» más y más ventajosamente conocido de nuestra intelectualidad, nos prometemos desde ya algo que nos resarcie de la demora con la excelente calidad.

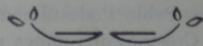
Se llamará el libro «Rebeldías» y será algo así como una colección de páginas sueltas, escritas en distinta época, y muchas de ellas publicadas ya.

También Francisco Alberto Schinca tiene en preparación un libro de poesías titulado «Los éxtasis», que aparecerá próximamente.

Dentro de unos meses, aparecerá también un libro de versos, titulado «Musas Hermanas» de Alberto Lasplaces y Julio Alberto Lista.

Aunque es poco lo que se promete, señala siquiera un síntoma de reacción.

Bohemio



ARTISTAS NACIONALES



"ARTIGAS" POR DOMINGO LAPORTE

Nocturno Invernal

¡Qué noche Walpurgiana! El «ogro» de los vientos
Aulla encabritando la mar. Recios y errientos
Presagios, me obsesionan sin saber el por qué:
La luna finge risas. Los plátanos se agitan
De frío. Los faroles parece que titilan...
¡Las calles son desiertos!... Entremos al café!

Entremos que ya siento la voz de las delicias.
La voz de las «Óleros» que venden sus caricias.
Ocultas en las sombras del bello camarín.
Entremos: ¡Aquí todos se mojan del Invierno!
Y beben y disfrutan como almas del Averno.
Al son de los orgiacos aplausos del festín!

En torno a las mesitas, macabros libertinos
Dialogan con sus damas. Tres músicos molinos
Destrozan la armonía de un grato peicón;
Y vaga por la sala, Rosaura, la florista,
Con garbo de maligna marquesa «Versallista»
Henchiendo con sus gracias de fuego, el corazón!

Germinan los deseos con ímpetus de furia
Inflando el pecho y todos, beodos de lujuria.
Aplacan en las bocas las rabias de su ardor.

¡Yo tengo sed de mimos! Ven tú, gentil trigüeña.
¡Dela que me deleite tu risa querubeña.
Y ardan tus ojos negros cual «diéresis de amor!»

¡Acercate ricura! ¡Besar quiero tus labios!
¡Que de otros guardan, dices, acibaros resabios?
¡Que tiene... Si mis besos con miel los mojarán!
¡Acercate gloriosa!... ¡Que dicha cuando oprimo
Tus senos, y me cubre cual mágico racimo
Tu crencha perfumada con agua de «Houbigant!»

Escucha! Doce toques! ¡La media noche vibra!
¡Es hora en que se busca la fibra con la fibra!
¡Es hora de misterios y del ensueño azul!
¡Afuera todo es frío, ventisca, luz de luna...
Adentro, focos, faras, y humillo que se aduna,
Haciendo que te vea como un nubes de tul!

¡Amor quiere silencio: la bulla le es artera!
Dejemos esto: vamos. ¡El «nido» nos espera!
Busquemos los placeres en nuestro térreo Edén!
Allí sí, arroja joyas, vestidos, leves gasas.
Incendiate en la llama voraz en que me abrasas.
Y que nos halle el alba queriéndonos, ¡mi bien!

Dardo Mac-Becar.

A Cyrano de Bergerac

PARA EL POETA ROXLO.

¡Romancesco caballero, mosquetero de la Francia,
Que paseas tu insolencia, tu valor y tu arrogancia
Por las ciudades y villas de la tierra del gascón;
¿Te has quedado en esas tierras buscando aventuras grandes
Desertado de algún tercío que regresaba de Flandes
Después de haberse batido con el galo y el sajón?

¿Dejaste á tus compañeros, los cruzados caballeros,
Que impusieron con hazañas de sus ímpetus guerreros
En los países de Flandes, el pabellón español;
Y que vuelven ahora á España con nostálgicos amores
A ofrendarle sus laureles, sus preseas, sus honores,
Y á emborracharse de gloria, de mujeres y de sol?

¡Oh, Cyrano! Tú, no debes quedarte en tierras extrañas!
Es España el escenario obligado á tus hazañas.
¡Muchas brumas, muchas nubes tiene el cielo de París!
Ahí, en Francia, se marchitan tus legendarios laureles...
Hacen falta á tus proezas romancescas, los claveles...
Ahí, te admiran solamente, por tu opulenta nariz!

Dicen, que dice un poeta que tú naciste en Francia!
¡Que es de Gascuña el garrido énfasis de tu arrogancia!
¡Que tú, eres compatriota del ilustre Tartarín!
Que tu desplante es tan sólo gascona fanfarronada,
Y que Roxana es francesa... ¡y que el penacho y la espada
Son tus glorias de cadete fanfarrón y espadachín!

¡Oh, Cyrano, te calumnian! ¡No comprenden la grandeza
De tu alma de poeta, que encierra la gentileza
De Quevedo, de Quijote, de Alarcón y de don Juan!
¡Tu valor y tu arrogancia, tus versos, tu bizarría,
Tu romántica nobleza, tu castellana hidalguía,
No caben fuera de España ni jamás de ella saldrán!

¡Tú, Cyrano, eres del tipo legendario de la raza!
En tu alma, Don Quijote dejó marcada la traza
De su espíritu romántico, generoso y soñador:
La española sangre ardiente corre ansiosa por tus venas,
Es andaluza tu gracia, husmeadora de verbenas,
¡Eres hijo de la patria del romance y del valor!

¡El talento de un poeta te há llevado á tierra extraña,
Porqué tu alma, Cyrano, Rostand la robó de España,
Donde hay una leyenda en cada rayo de sol;
Es tu alma la de un héroe de un poema de Zorrilla,
Tú eres noble de la estirpe de los nobles de Castilla,
Arquetipo legendario de soldado y de español!

Batirse rimando versos con galanura y denuedo,
Es hazaña del gallardo don Francisco de Quevedo,
Intachable caballero, romancero y trovador;
Y aquel viaje á la luna que fingías un ensueño,
Es el viaje de Quijote, cuando monta en Clavileño
Y atraviesa las Cabrillas en su fé de ensoñador!

El ocultar, por orgullo, las penas con alegría,
Es el más típico rasgo del hijo de Andalucía
Que se ríe de las penas y simula ser feliz;
También Quevedo hacía mofa de sus piernas arqueadas
Igual que tú, que te ríes, con chuseas andaluzadas
De tu insolente y deforme y magestuosa nariz.

¡Por tu fealdad, se te ocurre inaccesible Roxana!
Y esa enorme pena ocultas con altivez soberana,
Aunque en la sombra de tu alma, fulgen sus ojos de luz;
¿Inspirar lástima? ¡nunca! Y desde tu excepticismo
Te ríes del mundo entero, empezando por tí mismo...
¿No es esto, noble Cyrano, genuinamente andaluz?

¡Es española tu gracia, tu altivez y tu hidalguía!
Por tu bizarra conducta y tu garbo y valentía
Fuera jefe de algún tercio de los del Gran Capitán;
Yo reclamo para España la leyenda de tu gloria...
¿Hay acaso algo extranjero en tu romancesca historia
Como no sea la conducta de aquel prosaico Cristhián?

Julio Alberto Lista



Á España

Para el Teniente Coronel
Mariano Sábat y Fargas

¡Salve, sublime España! Tu bandera tremola
En cerebros y en brazos, del mundo soberana;
La Gloria fué contigo, la Gloria es española
Pues que nació de iberos y en tierra castellana!

¡Patria de los Quiotes! ¡Grandiosa tierra hispana;
Donde haya un hijo tuyo, la honra no está sola!

Y la América virgen, radiosa se engalana
Con los destellos rojos de tu purpúrea aureola!

¡Y dicen que decaes! y dicen que agobiada
Por tus enormes glorias, mañana serás nada...
¡Tú, astro que á la izquierda colocas al Sol!

¡Imbeciles! ¡No saben que en la paz y en la guerra
España será grande, mientras haya en la Tierra
Un corazón hidalgo y latiendo en español!

Ernesto Herrera

Notas

Las columnas de «Bohemia» están á disposición de todos aquellos que quieran cultivar su intelecto en las letras.

Todas las escuelas literarias, todas las doctrinas filosóficas y sociales, tienen cabida en ellas.

Nosotros no predicamos nada ni intentamos enseñar nada.

No queremos ser apóstoles: nos sentimos artistas.

Todas aquellas colaboraciones que se nos envíen, y que á juicio de la Redacción deban ser publicadas, se publicarán, vengan de quien vengan, y sustenten las ideas que sustenten.

La Redacción no es solidaria de las ideas emitidas en los artículos que van firmados.

Los artículos sin firma pertenecen á la redacción.

Como habíamos prometido en nuestro número anterior, «Bohemia» aparece ahora en un formato mayor, y con más páginas de material.

Las dificultades inherentes á toda publicación que se inicia, hacen que no podamos presentar todavía á «Bohemia», en la forma que la há ideado su redacción, pero paulatinamente, conforme las circunstancias lo permitan, iremos mejorando su confección, tanto en la parte gráfica como en la literaria.

Buzón de «Bohemia»

D. M. B.: Muy bueno. Mande algo más.
A. M.: Imposible por su «longitud». ¡Son 18 cuartetas! Quizá para el otro número.

H. R. C.: Versos sobre cuestiones de football? ¿No sabe usted que «eso» está reñido con el Arte, con el Buen Gusto, con... Y además, ¿lo hizo con lo mismo que tira usted los soñis? Son verdaderos versos de «footballer»; están hechos á patadas.

A. M. O. R.: Con unos ojos y cejas tan «negras»; con unos labios tan «rojos»; con una cara tan «blanca», haciendo «digno contraste», ¿no le resulta esa cara una bandera olímpica? Un rostro así, me resultaría más feo que el de mi amigo Moratorio, (que es ya batir el «record»). ¿Es usted Arrarie, acaso? Los versos son muy malos.

Desde el próximo número empezaremos á publicar las caricaturas de los «bohemios» más conocidos.

Como elogio, sólo diremos que serán ellas debidas al lápiz del más conocido de nuestros dibujantes, el chispeante «Carolus».

El precio de suscripción á esta revista es, en la Capital, \$ 0.20 mensuales.

Las personas que deseen suscribirse pueden hacerlo en la librería La Nueva Infancia Uruguay 271; en La Joya Literaria, 18 de Julio y Arapey; en la librería de Vázquez Cores; en la librería de Ugnccione Huos., Soriano 28; y en esta Administración.

Nuestros agentes en Campaña son: Rosario (R. O.); Manuel N. Falgueras, redacción de «El Eco Rosarino».

Nico Pérez: R. Egnia Puentes. «La Lucha». Canelones: César M. Gutierrez: «El Barluarte».

Melo: Redacción de «El Deber Cívico». Salto: Virgilio Lisasola: 19 de Abril 106. San Eugenio: Daniel de la Sierra.

San José: Américo H. Quijano, redacción de «La Cruzada».

Barra de Santa Lucía: Alberto Marzosa, redacción de «El Combate».

Suscripción en Campaña \$ 0.25 mensuales.

Para avisos, dirijirse al administrador, señor Onofre Mascaró, Victoria 104.

La correspondencia literaria al director, Brandzen 147a.

M. L.: Su composición me parece buena, pero es demasiado doctrinaria y no sirve para la índole de esta revista.

E. S.: Si, señor. En ese estilo, mande lo que guste. ¿Pagar las colaboraciones. ¿Cree usted que si tuvieramos dinero para pagar colaboraciones, (el maximum de los lujos) leeríamos siquiera lo que usted nos manda?

B. de H.: ¿A que no sabe usted lo que quiere decir «bohemio»?

P. N.: ¿«Vidrio» y «luidibrio» Son consonantes? ¿No lo sabía! Lo que sabía, antes de que usted me mandara esos versos, es que pasión y pasión, si, son consonantes.

L. D.: «Princesita, princesita, que enardeces mi descao—

Que enardeces, con tus gracias, princesita, mi descao—el descao que me sube, que me sube al corazón...» Me parece, me parece un macaneo—un soberbio y «arrantiano» macaneo—solamente un macaneo que no tiene ton ni son.

BOHEMIA

Revista de Arte



Leoncio Lasso de la Vega



LO INDISPENSABLE

CIGARROS H. DE CABAÑAS & CARBAJAL
La 1.ª marca de la Habana

CHAMPAGNE GOLD «LACK» Y «CABINET»
De crédito mundial

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS:

SOTO HERMOSILLA & C.ª
LA GIRALDA

Av. 18 de Julio 7 y 9

Montevideo

Habanillos "La Americana"

Exquisitos

JUAN B. SACARELO

Convención núm. 50

Montevideo

CIGARRILLOS

MONTEVIDEO

«**Borro y Pisano**»

CANELONES, 160

Teléfono «La Uruguaya» número 1884

SUCURSAL DE

RAMÓN LISTA

Á CARGO DE RODOLFO BONINO

Confecciones y artículos
para Señoras y Niños - -

18 de Julio, 658
MONTEVIDEO

Severino 1.º Emperador:

Yo, Emperador del Café, por gracia de Dios y de mi habilidad, declaro:

“El mejor café que se toma en **Polo Bamba**”
la República, es el del

FIRMADO: SEVERINO SAN ROMÁN.

INDICADOR PROFESIONAL

CEFERINO TRAVIESO.—Asuntos Judiciales.—Brandzen 39.

CARLOS T. GAMBA.—Prepara para ingreso, para los institutos normales, para la Academia Militar y para la Escuela Naval.—Patria 46.

MANUEL GRASES.—Pintor, decorador, Finturas al óleo.—Medanos, 238.

PEDRO DUPRAT, Médico.—Profesor de la Escuela de Enfermeros, Jefe de la Clínica de Niños de la Facultad de Medicina.—Rivera 197.

RODOLFO BROWN.—Escribano Público.—Ituzain-gó 55.

HUGO FOSATTI.—Asuntos judiciales.—Rincón, 83.
ATHLIO NARANCO.—Médico—cirujano.—Convención 71.

ANTONIO SOMOZA.—Escribano Público.—Tacuarembó 198.

J. C. DEMARIA, Médico—cirujano.—Colonia 145.

A. MARROCHE, Médico—cirujano.—Mercedes 411.

CONRADO C. CORNU.—Contador Público.—18 de Julio 920, Teléfono «La Uruguaya» 1.103.

EDUARDO ROUBAUD.—Abogado.—Rincón 86.

Mi templo

I

Yo, peregrino del mundo, creyente de la Idea, explorador de ensueños, buzo de mi propio espíritu, apenas desperté al contacto de la vida, busqué con ansia mi templo... el templo verdadero en que debería elevar las plegarias mudas de mi alma.

Con vaga zozobra en el oculto seno, con inquieta angustia en el alma, me lancé al camino, acosado por lo sed: la doble sed del cuerpo y del espíritu.

Pero pronto dejé las rutas trilladas por el vulgo y exploré los ocultos senderos, y cuando alguien me dijo: «¿Por qué no sigues los parajes conocidos? Te perderás en la sombra y se extrañarán tus pasos» — contesté: — «La fuente de la Verdad es una: se llega a ella por todos los caminos. Son más cómodas las sendas conocidas, pero dejad, al que lo intente, lanzarse por la trocha. Triunfe ó naufrague, cumplirá su misión, obrará según su naturaleza, buscará según su fé. No hay más que dos teorías, dos sistemas filosóficos, dos doctrinas científicas, dos cultos, dos escuelas... lo «bueno» y lo «malo». Todo lo demás es lección de esgrima, no batalla.

Y me lancé ansioso en busca de un templo, el templo verdadero en que debía elevar las plegarias mudas de mi alma.

II

Tras de selvas espesas y desiertos áridos, llegué a una extensa avenida de templos, ya grandiosos como montañas de granito, ya esbeltos y bellos como la oración ó la fé que tiembla y balbucea. Me hallé cercado de altas basílicas, gallardas mezquitas, soberbias pagodas y templos mitológicos de caldeos, egipcios, griegos, incas, aztecas y manchúes.

Compactas muchedumbres pululaban en torno; millares de creyentes transponían sus puertas, y sobre los pavimentos de mármoles y mosaicos, ya hincando la rodilla, ya haciendo sus zalemas, ya elevando el humo de los holocaustos, murmuraban preces, oraciones y plegarias que ascendían, entre nubes de incenso y perfumes de mirra, hasta las pétreas bóvedas ó los tallados arquitra-

bes, un rumor de cantares, armonía de órganos, fragor de hosannas y aleluyas.

Allí, los ídolos extraños de Budha y Siva, de Witzlipoztli y Quetzalcoatl. Allí, las imágenes zoomorfas de Anubis y de Rta ó las estatuas purisimas de Minerva y de Apolo. Allí los toros alados, los Baales, los Terafimes. Allí, Tifon y Omorca, el cocodrilo sagrado, el ibis, el Apis, los izedes, los ferveres y las apsaras.

Allí, el derroche de las riquezas en paramentos y vestiduras, coronas y cetros, azafates y orfebrería, palios y flabeles, pinturas, alicatados, tallas y ornamentación maravillosa.

Allí, las voces de derviches y profetas, de bonzos y apóstoles, de fakires, sacerdotes y flamines, en babilónica multiplicidad de lenguas, pidiendo á sus menudos dioses atados por sus propios destinos, las dulzuras de la vida terrena, la misericordia adquirida con oro y penitencias, y reclamando, con ardorosa demanda, en almoneda mística, una centiárea de cielo, un rayo de luz increada, una nota de armonía célica, una mirada benévola del Alto, del Omnipotente, del Ignoto.

Y ante sus ídolos horribles, aderezados con vestimentas abigarradas, mudos, inmóviles, en inerte pasividad de muertos; ante las graníticas aras ó los enguirlandados altares... las toscas muchedumbres, ya temblorosas, suplicaban ó exigían el fin de sus anhelos en murmurantes rezos.

Apenada el alma, moví mis pasos en silencio, atravesé los pórticos, crucé bajo los obeliscos, los pilones y las torres, y murmuré en el fondo de mi espíritu.

—;No; no está entre vosotros mi templo! Más valdría adorar en la carne, vívida y palpitante, lo que de divino encierra, que aprisionar en la tosca materia de una imagen el sublime concepto de la divinidad! Vosotros, aún los que destacáis entre las muchedumbres ciegas ó fanáticas, no tenéis verdaderos templos ni acatáis á la verdadera inagotable energía que es eterna creadora de universos. ;Cuando más, los más sabios, sois idólatras... idólatras del «Arte»! ;No! no está entre vosotros mi templo.

Y acosado por la zozobra y la angustia y la doble sed del cuerpo y del espíritu, me alejé de

aquellos parajes rumorosos y en solitario valle me aproximé al borde de la primera fuente, en cuyo chopo de granito se leía: «Ilusión», para abreviar en ella.

Su limpio cristal reflejó mi imagen, y observé que el rostro del adolescente estaba pálido.

Después, como peregrino del mundo, empuñé mi bordón de viaje y perseguí la ruta en busca de mi templo, el templo verdadero en que debería elevar las plegarias mudas de mi alma.

III

Llegué hasta la pradera risueña, entre viñas cargadas de racimos, junto á los vergeles floridos, bajo un cielo alborozado, cabe el oleaje de espigas que ofrecían el áurea mies á los hombres gozosos, heraldos de albricias y venturas.

Allí, los delirios del amor. Allí, las danzas voluptuosas y las arreboladas mejillas de las doncellas, coronadas las sienas de flores y de pámpanos. Allí, el cantar bullicioso, el idilio en las frondas entre arrullos de palomas. Allí, el banquete deleitoso, la copa bullente en brindis de salutación, bajo guinaldas columpiadas por la brisa, á los rayos chispeantes del sol y sobre el césped de esmeraldas. Allí, la belleza humana grabada en rostros varoniles, y reflejada en semblantes de hermosas núbiles de todos los pueblos, de todas las épocas, de todos los ritos eróticos, como oblación de amor, sobre altares de yedra y adormidera, al borde de las albercas, entre las rojas amapolas y los azules cálices de la misteriosa mandrágora.

Allí, los petulantés atavíos de la orgullosa juventud; el culto de Epicuro y Anacreonte: los temples de mármoles y pórfidos á la sombra de los arrayanes de perfumantes y lustrosas hojas.

Allí, el aliento embriagador de Roma y Alejandría, de persas y etenienses, de los árabes andaluces, y de las voluptuosas cortes de Médicis, de Felipe III y de Luis XIV.

Y apenas vibró en mis oídos el erótico canto, mancebos y doncellas me ofrecieron libaciones perfumadas en sus copas múrinas rebosantes y en sus cráteres espumosos.

Pero aquella opresión de mi garganta contraída por la angustia; aquel anhelo interno que arrastraba á mi espíritu sondeador de ideales, levantó un muro, invisible pero infranqueable, entre el vaso de mosto y la mano ansiosa que con sensual anhelo lo buscaba.

—¡No!—murmuré, volviendo sobre mis pasos, —¡No es el vuestro mi templo! Vosotros, en vuestra embriaguez de aturdidora savia, no acatáis á la eterna Genesis, madre de astros y engendradora de almas. Cuando más, los más sabios, sois

idólatras... idólatras de la «Vida»... ¡No: no está entre vosotros mi templo!

Y siempre acosado por la zozobra y la sed... la doble sed del cuerpo y del espíritu, hui de la bulliciosa pradera y me acerqué, anheloso, á la segunda fuente en cuyo chopo de granito se leía, «Duda», para abreviar en ella.

Su espejo de plata reflejó mi imagen, y observé que los ojos del joven estaban empañados.

Luego, como errante peregrino del mundo, empuñé de nuevo mi bordón de viaje, y proseguí la ruta en busca de mi templo; el templo verdadero en que debería elevar las plegarias mudas de mi alma.

IV

Al borde del camino, en tupido bosque de asfodelos, cabe encinas y laureles, ví una muchedumbre severa, de solemne apostura, de graves y mediatubundos semblantes, y me aproximé á ella.

Allí, las aulas del consejo, los amplios laboratorios, los activos talleres de la ciencia, junto á las vastas y apacibles alamedas de terebintos y cinamomos. Allí, el estudio que sonda, la razón que investiga, la incansable observación que experimenta. Allí, las largas hileras de interminables anaqueles, el libro y el crisol, el reactivo y el escalpelo, la lente maravillosa que descubre en el átomo millares de yonos, y el espejo telescópico que numera en la nebulosa millares de mundos.

Allí, la luz solar, presa y acumulada, para fulgurar sumisa durante las ausencias del astro. Allí, los mágicos almacenes de fuerza que, domada y humilde, obedece, como el corcel amigo, al freno, á la espuela y á la voz estimulante del dueño. Allí, la energía vital, medida, pesada, conservada en estrañas redomas, para nutrir la sangre, para vigorizar el nervio, para resplandecer en el cerebro. Allí, la prodigiosa óptica que investiga en el zoospermo los principios de la vida, y la acústica maravillosa que escucha en el éter la armonía de los mundos al girar en sus órbitas.

Allí, el cultivo de la bacteria que mata, y de la bacteria que salva; el análisis de la razón y la balanza de la fé; el sondaje de lo infinito y la agronomía del espacio; el reloj que mensura los ciclos de las almas inmortales, y el manómetro que marca las calorías del espíritu.

—¡Ven!—me dijeron los sabios allegándose á mí—éste será tu templo. Su bóveda tiene la clave en la invisible idea: sus cimientos afirman la segura base en la eterna materia.

Pero volviendo sobre mis pasos, exclamé:

—¡No; no está entre vosotros mi templo! Vosotros, aún los más sabios, aún los que amáis la idea por la idea sola, y al bien por el bien

mismo, y á la verdad, por su inmaculada pureza, no sois más que idólatras... idólatras de la «Ciencia»; ¡Cuando más, podréis mostrarme el camino... pero solamente el camino, de mi templo.

Y acosado todavía por la zozobra, y la angustia, y la sed, la doble sed del cuerpo y del espíritu, me alejé de aquellos bosques solemnes, y me acerqué á la tercera fuente, en cuyo chopo de granito se leía, «Verdad», para abreviar en ella.

La linfa pura reflejó mi imagen, y observé que el cabello del adulto había encanecido.

V

Desmayado y triste, me senté al borde de la pila, dejé á un lado mi bordón de peregrino, y medité largamente, con honda melancolía, con intensa nostalgia.

Un denso velo opaco me circundó, corriéndome en torno de aquel paraje agreste. Por extraña magia condensáronse sus tules, adquirieron pesantez y fortaleza de piedra, y fijáronse, al fin, sobre la tierra, con la dureza firme de altos muros, macizos como rocas.

Era aquello, ó un templo con aspecto de sombría gruta, ó una inmensa gruta con majestad de templo.

Concierto extraño de gemidos se elevó hasta mí, brotando de la angusta penumbra. Ayes, lamentos, suspiros quejumbrosos, se mezclaban en el ambiente como almas doloridas que confundieran sus penas en fraternales abrazos.

Sólo el susurro blando de la fuente dulcificaba al doliente concierto, dejando caer sus gotas de agua sobre la ebúrnea taza, con suave y monótono llanto de melancolía.

Abrí con ansiedad mis ojos para percibir mejor las vagas siluetas gemidoras, y ví una excelsa figura, grave aunque bondadosa, humana por su aspecto, pero con aureola de divinidad, que elevando su mano pálida, la pasó sobre mi abatida cabeza con amor compasivo. A su contacto corrió consolador mi llanto.

—¿Quién eres?—pregunté al fin.

—Soy el dios de este templo. Los que llegan á comprenderme y amarme, se transforman, á su vez, en dioses...

—¿En dioses que sufren y se lamentan!...— interrumpí con amargura.

Extendió su brazo, y replicó:

—¿Ves aquellas mujeres que lloran? En pos de sus lamentos, más dulces que dolorosos, brota el Amor que es padre de la «Vida»; en pos de sus gritos angustiosos al sentir desgarrarse las entrañas, brota, como un capullo, el niño, el nuevo ser, que es la «Vida» misma.—¿Ves aque-

llos varones, jóvenes ó adultos, que oprimen sus sienes entre las crispadas manos, y transparentan la angustia en sus semblantes? En pos del teso sufrimiento surgirá la estrofa inmortal de poeta, el himno impercedero del músico, el concepto sublime de la Idea: porque ese dolor se llama Inspiración, que es la madre del «Arte». —¿Ves aquellos ancianos de pechos oprimidos, de manos temblorosas, acosados por incesante zozobra, por sed insaciable y por torturas internas? En pos de ese tormento brotará lo ignoto como un rayo de luz; surgirán el invento salvador, la oculta fuerza poderosa, el rayo que se torna en esclavo, el misterio que resplandece, el prodigio que hace carne: porque ese dolor se llama Razón: que es madre de la «Ciencia».

—¿Cuál es tu nombre?—exclamé. Soy... el Dolor. Soy el padre inmortal del Todo: el creador inagotable; el artista fecundo, que golpeando á las almas, las modela, las fortifica y las diviniza.

De mi seno ha brotado y brotará cuanto existe; desde la simiente que lucha y sufre para elevar su espiga al rayo del sol, hasta el «Arte», la «Vida» y la «Ciencia», que luchando y sufriendo, ascienden por la escarpada montaña cuya cima es lo Inaccesible. Soy el Dolor.

Soy el Padre universal.

—¡Bienvenida sea para mi alma tu excelsa divinidad!—exclamé sintiendo que la angustia, la zozobra y la sed, se suavizaban en mi seno, y que una dulce paz inundaba mi pecho.—¡Bienvenido seas! ¡Tú eres mi Dios, y tu casa es mi templo... el templo verdadero en que debo elevar las plegarias mudas de mi alma!

VI

Cuando se disipó la visión, sólo percibí á mi alrededor, el agreste paisaje y la sonora fuente... más no las de la Ilusión ni de la Duda, sino la fuente de la Verdad, que aún lloraba, sobre la taza de alabastro, sus perlas de agua.

Cogí de nuevo mi bordón de peregrino, y aunque observé en la linfa fidelísima que el rostro estaba pálido, y los ojos empañados, y el cabello encanecido, sentí que mi alma irradiaba extraño y divino fulgor, bañándome en dulcísima melancolía.

Y desde entonces... yo, peregrino del mundo, creyente de la Idea, explorador de ensueños, buzo de mi propio espíritu, viaje por la Tierra: doliente, pero dichoso: porque puedo exclamar, sonriendo estre lágrimas:

—¡He conocido á mi Dios!

¡He encontrado mi Templo!

¡Salve, Dolor!

Leoncio Lasso de la Vega.



Las dos campanas

I

La luna brillaba
en manto celeste,
y en noche poética,
de amor y deleite
mi labio y el suyo
con un beso ardiente
sellaron el pacto
que unió nuestra suerte.

DOBLÓ LA CAMPANA
EL TOQUE SOLEMNE
que á orar por los muertos
invita á los fieles,
y ella y yo, pensamos
rezando unas preces:
¡Qué hermosa es la vida!
¡Qué triste es la muerte!

II

Nuestro amor soñado,
nuestra dicha breve,
con horrible saña
nos corta la suerte.
Ella vá muy lejos,
no volverá á verme,
ni yo de sus labios
tendré el beso ardiente.

DOBLA LA CAMPANA
EL TOQUE SOLEMNE;
la locomotora
pesada, se mueve,
y ella, con sus lágrimas
me dice al perderme:
¡Qué triste es la vida!
¡Qué hermosa es la muerte!

Camilo Vidal.

Buenos Aires, 1908.

Para "Bohemia"

Aún hay «bohemios»; aún hay quien quiere ser «bohemio»... Y el mote, que, en labios del burgués espeso y acorazado de fari-seísmo, equivale á una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los jóvenes entusiastas, á cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores; á manera de aquel otro epíteto, originariamente injurioso, de los «gueux», que, levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó á quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la libertad.

Haya, pues, «bohemios», y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del universal Señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. «Bohemio» no es el

que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. «Bohemio» es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas, y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese «embujamiento» interior que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba á las aventuras y las cruzadas, pero que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aún en los casos en que son desatinadas ó injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el perfume de la juventud.

José Enrique Rodó.

Ocurrencias

Desgraciado el autor dramático cuya autoridad moral llegue á ser algo sin importancia ante la gente de telón adentro.

Propondría el siguiente cartelito para ser colocado á la entrada del proscenio: «Lasciate ogni vergogna o voi che entrate».

Cuando entro en un camarín, y me pongo á reflexionar en todos los talentos problemáticos y en todas las vanidades efectivas que por él desfilaron, siento una extraña impresión: mezcla de miedo y de risa.

Para un autor novel, todos los artistas son algo así como enemigos ó los cuales hay que tratar con toda reserva.

¿Qué distancia hay de un cómico á un comerciante?

¿Por qué la tendencia del público se encamina al género cómico y libre? Porque el drama de la vida real se hace cada día más doloroso. Hay que ir al teatro á reír, ya que casi todo el mundo se pasa el día llorando.

A medida que aumenta el precio de la localidad, disminuye la sinceridad artística del que la ocupa. Hay excepciones.

Curioso sería averiguar las reflexiones que los artistas extranjeros llevan de nuestra cultura, dado que, por razones de empresa, son obras de «grand succès»: «La dama de las Camelias» y «El dueño de las herrerías».

Cuando esa «mistificación teatral» que se llama María Guerrero, no consiga hacer brillante negocio en sus temporadas rioplatenses, habrá que tenerle mucho miedo á los públicos porteño y montevideano.

Recuerdo que interpretando el gran Zacconi «Los espectros» y durante la tocante «escena del champagne» en el segundo acto, el público se rió francamente al ver que el gran trágico derramaba el vino, tembloroso el pulso por la terrible enfermedad que lo mina... Y me pregunté entonces: ¿Á qué devanarse los sesos buscando un chiste que despierte la hilaridad del «respetable»?

Enrique Crosa.